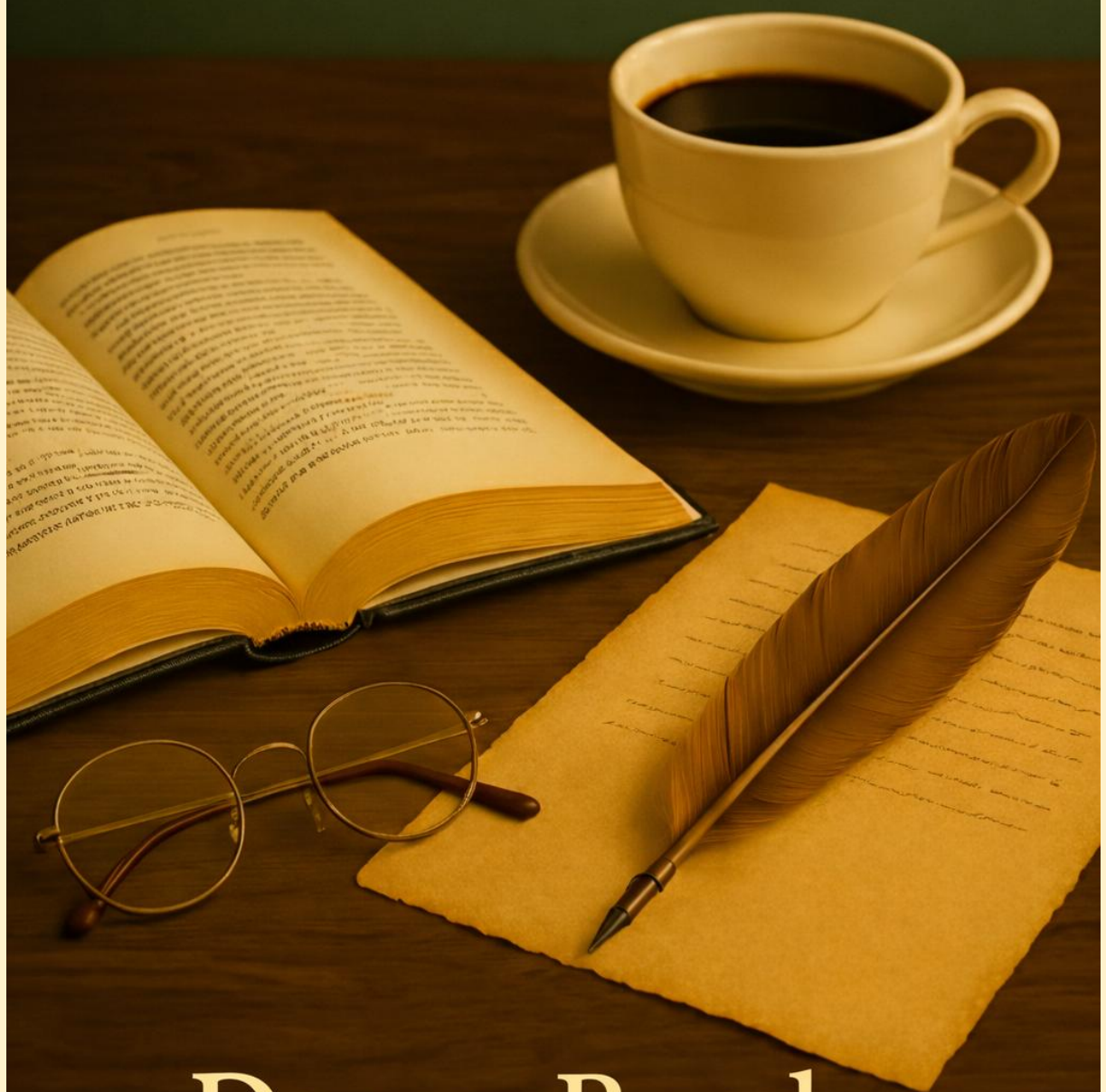


Reflexiones, Volumen 2



Dorys Rueda

**REFLEXIONES,
VOLUMEN 2**

Edición: Dorys Rueda

ISBN: 978-9907-0-0839-5

Derechos de la autora: QUI-070734

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, sin permiso previo y por escrito de su autora.

ISBN: 978-9907-0-0839-5



DEDICATORIA

A mi esposo, por su apoyo incondicional y por ser siempre la calma serena en medio de todas mis mareas.

CONTENIDO

PRÓLOGO	6
CICLOS DE LA VIDA INTERIOR.....	8
EL REINICIO.....	9
EL PESO DE SEGUIR.....	13
LA PACIENCIA	17
LA VALENTÍA INTERNA	21
EL AHORA	24
EN TONO MENOR.....	28
COTIDIANIDAD Y SENTIDO	31
ANTES DEL PRIMER CAFÉ	32
EL LENGUAJE DE LOS PIES	35
BATALLA CON LA CASA.....	38
SALVAR EL DOMINGO.....	41
APRENDER A NO CORREGIRLO TODO	44
LA DANZA DE LA IMPERFECCIÓN	46
DONDE HABITA LA TERNURA	49
NOSTALGIA, MEMORIA Y PÉRDIDA	52
ENTRE LA FUGA Y LA FORMA	53
LA GEOMETRÍA DE LA NOSTALGIA	56
AQUELLOS QUE PARTIERON.....	59
FORMAS INVISIBLES DE LA SOLEDAD	61
SEÑALES DE LA VIDA.....	63
ESCRITURA, ARTE Y LENGUAJE	67
ANTES DE ENTENDER	68
PRIMER BOCADO	71
RODEAR AL POEMA.....	74
ENTRAR DESPACIO	76
BAILAR UN POEMA.....	79
ENTRE PÁGINAS Y SOMBRAS.....	82
EL LÁPIZ DEL PORTAFOLIO.....	84
ENTRE TECLAS Y NOTAS	87

LA MELODÍA DEL LECTOR	89
ACOMPañAR A UN POEMA	92
ENTRAR EN EL PERSONAJE	95
EL AUTOCORRECTOR.....	100
DEJAR REPOSAR UN ESCRITO	103
EL LENGUAJE ENTRE LA SIMPLEZA Y LA CREATIVIDAD	105
EL LENGUAJE DE LOS OBJETOS.....	108
EL SÍMIL	111
EL SILENCIO	115
PALABRAS SIN REFUGIO	118
LOS SIGNOS Y SU LENTA PARTIDA.....	122
TERRITORIO Y MITO	125
ANTES DEL TERRITORIO.....	126
EL LENGUAJE DE LA LEYENDA	128
EL NOMBRE DE OTAVALO	139
OTAVALO ABRE LOS OJOS	141
EL MERCADO QUE PERMANECE.....	144
EL TELAR DEL MONTE	150
LA CIUDAD DORMIDA.....	153
EL HILO DEL AMANECER.....	156
NAVIDAD Y AÑO NUEVO	159
EL AMOR.....	160
QUEDARSE CON LO ESENCIAL	163
ESCENAS COTIDIANAS	166
TRILOGÍA DE FIN DE AÑO	170
RESEÑA DE LA AUTORA.....	173

PRÓLOGO

Este libro no empezó con una idea clara, sino con una necesidad ligada a *los ciclos de la vida interior*.

En la primera parte del libro aparecen el reinicio, el peso de seguir, la paciencia, la valentía interna, el ahora. Son textos que miran hacia adentro y reconocen que la vida no avanza en línea recta, sino a través de movimientos que se repiten, se desgastan y vuelven a comenzar.

Luego, el libro se desplaza hacia *Cotidianidad y sentido*. Ahí lo interior se cruza con lo diario. Aparecen las mañanas antes del primer café, el cuerpo que piensa mientras camina, la casa como espacio de cuidado y de tensión, los domingos que se intentan salvar. También surge un aprendizaje difícil: aprender a no corregirlo todo, aceptar la imperfección, reconocer dónde habita la ternura. En esos gestos mínimos, el sentido empieza a acomodarse sin apuro.

Más adelante, el recorrido entra en *Nostalgia, memoria y pérdida*. Vuelven los nombres y también las ausencias y aquello que se perdió. Lo que duele. Entonces la nostalgia viene y va. A veces se alarga sin aviso; otras se recogen y queda ahí, callada. Aparecen la soledad, las señales de la vida, esas marcas pequeñas que dicen que algo sigue latiendo incluso en medio de la pérdida.

En otro momento del recorrido, el libro se detiene en *Escritura, arte y lenguaje*. La escritura empieza a mirarse a sí misma. Leer un poema por primera vez, saborearlo, atravesarlo a oscuras, bailarlo, escucharlo desde la melodía del lector. Escribir con lápiz o con teclas. Entrar en un personaje sin invadirlo. Corregir menos. Dejar reposar. Pensar el lenguaje en su simpleza y en su creatividad, en los objetos, en el símil, en el silencio, incluso cuando las palabras parecen quedarse sin refugio o los signos comienzan su lenta partida.

Desde ese mismo gesto, el libro avanza hacia *Territorio y mito*. Antes del territorio, estuvo la palabra. Aparecen las leyendas, el nombre de Otavalo, la ciudad que despierta y se vuelve a dormir, el telar del monte, el hilo del amanecer. Lo mítico no se presenta como algo lejano; no se aparta de la vida diaria: la acompaña.

Hacia el final, el tiempo se concentra. Llegan *Navidad y Año Nuevo*, el amor, la necesidad de quedarse con lo esencial, las escenas cotidianas que cierran el recorrido y la trilogía de fin de año. Son textos que miran

el cierre no como final, sino como recogimiento, como una forma de volver a empezar desde otro lugar.

Este libro no pide ser leído rápido. Pide tiempo. Pide entrar despacio, como quien entra a una casa conocida y va reconociendo los espacios mientras camina. Si algo de lo que aparece aquí despierta un recuerdo, una emoción o una pregunta, eso es suficiente. El libro no busca más que eso: acompañar un rato, sin ruido y dejar encendida una luz pequeña que cada quien reconocerá a su manera.

Dorys Rueda

CICLOS DE LA VIDA INTERIOR



EL REINICIO



La vida parece tranquila hasta que aparece el villano más temido del siglo XXI: el ícono de “sin conexión”. Es pequeño, gris e inofensivo, pero tiene el poder de arruinar hogares enteros.

Un estudiante queda expulsado del examen virtual y jura que no fue por flojo, sino por culpa del Wi-Fi. Incluso amenaza con añadir a su defensa una cláusula inédita: “caída de red, artículo 1, inciso b”.

Una madre pierde su tutorial de cocina justo cuando la sopa se rebalsa y descubre que improvisar es más peligroso que seguir la receta, sobre todo cuando el caldo burbujea como si estuviera a punto de independizarse.

Un abuelo, que veía la misa en *streaming*, se queda con el sacerdote congelado en una bendición eterna, como estampita digital.

El escritor observa cómo la nube digital se traga su borrador y empieza a sospechar que esa nube no guarda texto: almuerza escritores.

Un médico se congela en plena videollamada con la cara menos profesional posible, una mueca entre bostezo y susto.

A una joven, para colmo, le llega el mensaje de ruptura justo cuando no hay señal para defenderse; redacta mentalmente una gran réplica.

Y el perro, llamado Osito, mientras tanto, ladra como si fuera el único con derecho a expresarse en ese apagón universal, convencido de que, sin Wi-Fi, él por fin es la voz oficial de la casa y el portavoz de la cuadra.

El caos se vuelve ritual.

El estudiante reinicia el router con fe de monje medieval, convencido de que tres reinicios equivalen a un milagro y que el cuarto ya sería herejía.

La madre limpia la sopa derramada mientras cuenta hasta diez, pero en el número siete ya promete que, si vuelve la señal, jamás volverá a cocinar siguiendo un tutorial (aunque, en el fondo, sabe que caerá otra vez en la tentación).

El abuelo mueve las manos como espantando un mal de ojo invisible y aprovecha para lanzar una bendición casera al módem, no vaya a ser que, además de técnico, haga falta un exorcista.

El escritor busca su lápiz, aunque sospecha que ese lápiz conspira contra él porque nunca tiene punta y siempre se esconde cuando más lo necesita.

El médico respira como si estuviera en clase de yoga, aunque su postura congelada frente a la pantalla lo hace parecer más estatua griega que médico moderno.

La joven borra y reescribe cinco posibles respuestas.

Y el perro ya ronca en la alfombra, dueño absoluto del salón, como si supiera que, en el fondo, toda la humanidad depende de una caja de luces parpadeantes y que él, al menos, está libre de ese destino.

Y entonces sucede lo inesperado: en esa pausa forzada, algo mejora.

El estudiante, sin distracciones, descubre que sí había estudiado y hasta resuelve un ejercicio extra, como quien prepara una venganza académica contra el Wi-Fi.

La madre prueba su sopa rara y resulta sabrosa, aunque nadie sabrá nunca si fue por talento culinario o porque el internet, al caerse, también desconectó el sentido crítico de su paladar.

El abuelo riega las plantas mientras silba un canto alegre, convencido de que los geranios lo entienden más que el sacerdote congelado en la pantalla.

El escritor encuentra una frase brillante que no estaba en el borrador y sonríe.

El médico vuelve a llamar con tanta calma que parece aceptar que, en esta vida, es más fácil curar un resfriado que lograr una videollamada estable.

La joven empieza a pensar que quizá la ruptura era liberación y ensaya una sonrisa frente al espejo, como si se tratara de un *casting* de “exnovias felices”.

Y el perro, por supuesto, se estira con solemnidad, como recordándole a todos que él ya practicaba *mindfulness* mucho antes de que inventaran la palabra.

Cuando la señal regresa, todos suspiran como si hubieran atravesado un pequeño cataclismo doméstico. Las pantallas vuelven a encenderse y, con ellas, una calma breve. Nadie lo dice en voz alta, pero todos saben que la conexión solo se tomó una pausa y que, tarde o temprano, volverá a irse.

Mientras tanto, Osito bosteza, se acomoda en la alfombra y parece confirmar, sin palabras, algo elemental: que a veces el mundo se apaga para recordarnos que la verdadera conexión ocurre cuando aprendemos a estar, incluso en silencio.

EL PESO DE SEGUIR



Desde siempre hemos buscado en otros la medida de nuestro propio valor.

No porque no sepamos mirarnos, sino porque a veces no alcanza.

Porque mirarse solo cansa. Porque uno duda.

Cuando el miedo levantaba muros, inventamos un héroe que los atravesara.

Y cuando la oscuridad se volvía demasiado pesada, contamos una historia. No para vencerla, sino para no quedarnos solos con ella.

Así nacieron los héroes.

No del coraje puro, sino del asombro y del miedo. De esa necesidad tan humana de creer que lo imposible puede tener un rostro, una forma, algo a lo que llamar por su nombre.

Tal vez por eso, aunque cambien los siglos y los nombres, seguimos esperándolos.

Como si aún necesitáramos a alguien que sostenga la esperanza cuando las fuerzas propias flaquean y ya no sabemos bien qué creer.

Los héroes antiguos fueron una primera metáfora del coraje. Nacían del fuego, sí, pero también de algo más íntimo: de la urgencia de inventar sentido donde parecía no haberlo.

Ulises quería volver. No solo a su patria, sino a sí mismo. Hércules cargaba una fuerza que siempre pesaba demasiado. Prometeo encendía una rebeldía que iluminaba, aun sabiendo que también condenaba.

En ellos ardía una promesa: la de una humanidad que se negaba a aceptar sus límites. Que soñaba con alcanzar la estatura de los dioses, aunque fuera apenas por un instante.

Cada hazaña era una forma de fe contra el vacío.

Una plegaria hecha figura.

Un intento torpe, pero persistente, de decirle al universo que la llama humana no busca gloria. Busca sentido.

Y el mito —que nunca sabe irse del todo— volvió a aparecer en otro escenario.

Con el tiempo, los nuevos dioses cambiaron de vestuario, pero no de intención.

Los héroes del Olimpo se mudaron, casi sin ruido, a los estudios de Hollywood.

Thor heredó el trueno y lo volvió espectáculo.

Iron Man terminó siendo un Prometeo moderno, atrapado por el fuego que él mismo creó.

El Capitán América cambió la lanza por el escudo y el deber por la disciplina.

Superman, llegado de otros cielos, sostuvo una pureza que hoy pocos se atreven a exigirse.

Todos —los antiguos y los nuevos— comparten la misma condena: no pueden fallar.

Pueden sangrar.

Pero no dudar.

Pueden perder.

Pero no rendirse.

Incluso su cansancio parece ensayado, aceptable, casi bonito.

Nadie los imagina haciendo fila, buscando estacionamiento o llegando tarde al trabajo.

Su fatiga es estética. Irreal.

Y, sin embargo, algo cambió.

Da la impresión de que esos héroes bajaron del pedestal.

Que abandonaron templos, cómics y pantallas para mezclarse entre nosotros.

Hoy se parecen más a personas comunes que sostienen el mundo sin música de fondo: el médico que enlaza guardias con los párpados vencidos; la madre que trabaja doble jornada y aun así se sienta a leer un cuento; el maestro que enseña en aulas donde la esperanza entra con dificultad; el conductor que atraviesa la ciudad dormida mientras otros descansan.

LA PACIENCIA



Dicen que la paciencia es una virtud, pero en la vida cotidiana es, más bien, un deporte de alto rendimiento. Las canchas donde se entrena aparecen en los lugares más insospechados: la fila del banco, una oficina pública, la línea de atención al cliente o la temida espera del técnico de internet.

Cada escenario es un torneo distinto, con su propio calentamiento, sus obstáculos sorpresa y esa gloria silenciosa que se siente al cruzar la meta sin testigos.

Hacer fila en el banco es como participar en una carrera de resistencia. El entrenamiento empieza al tomar el turno y elegir el lugar estratégico para esperar, convencidos —sin ninguna prueba científica— de que eso hará que el tiempo pase más rápido. Cada avance de la fila se siente como una vuelta de pista: breve, engañosa, pero llena de esperanza.

Los obstáculos aparecen sin aviso. Alguien en caja cuenta monedas una a una, como si estuviera desgranando maíz. Otro promete “solo una pregunta rápida” y convierte la ventanilla en una asesoría de media hora. Y justo cuando parece que el turno está cerca, el sistema se desploma y la fila queda congelada diez, quince minutos: tiempo suficiente para que todos suspiren al unísono y alguien, como árbitro del infortunio, sentencie:

—Esto siempre pasa.

En ese instante, la paciencia se transforma en atleta profesional. Controla la respiración, relaja el rostro y evita mirar el reloj, como si ya estuviera en la recta final. Y cuando por fin llega el turno, el momento sabe a podio y medalla de oro, con aplausos imaginarios incluidos.

Los trámites burocráticos son otra disciplina, más parecida a un circuito de obstáculos que a una simple carrera. El calentamiento comienza al llenar formularios con letra impecable, cuidar los diminutos recuadros como si fueran obra de orfebrería y reunir fotocopias y firmas como quien completa un álbum de cromos.

Pero los obstáculos nunca faltan: descubrir que la fila en la que se esperó media hora era la equivocada; que la persona que debía firmar salió “un momentito”. La paciencia avanza entonces a paso de maratón, estirando los segundos como si fueran kilómetros.

Cuando, al fin, el documento se entrega, se levanta en alto como una antorcha olímpica para celebrar la victoria.

Llamar al servicio al cliente es como inscribirse en una maratón sorpresa: nadie sabe cuántos kilómetros tiene ni si realmente habrá línea de meta. El precalentamiento consiste en seguir la rutina de botones: “marque uno, marque dos, marque tres...”, mientras una voz metálica dicta la coreografía.

Después llega la resistencia mental. La música de espera se repite hasta quedar tatuada en el cerebro. A los cinco minutos se tararea sin querer; a los quince, uno empieza a dudar de sus decisiones de vida; y a los veinte, sospecha que es un castigo kármico por algo que hizo en otra existencia.

La paciencia se estira como goma elástica hasta que, finalmente, una voz humana responde. En ese instante no se sabe si llorar, agradecer de rodillas o reclamar por el sufrimiento soportado, pero lo cierto es que el alivio se siente como cruzar la meta.

La gran final es la espera del técnico de internet, la prueba reina de la paciencia. Conseguir la cita ya es una victoria, después de explicar el problema tantas veces que bien podría grabarse un podcast.

Luego comienza la prueba de resistencia física: levantarse temprano para esperar en esa franja horaria que va “entre las 8 y las 13 horas”, tan amplia que alcanzaría para cocinar el pavo de Navidad y preparar el postre.

El entrenamiento mental consiste en reorganizar la agenda, cancelar reuniones y permanecer en alerta máxima ante cualquier ruido: el timbre, un golpe de puerta o el perro que ladra. Cada camioneta que pasa frente a la casa hace que el corazón se acelere, como si viniera el

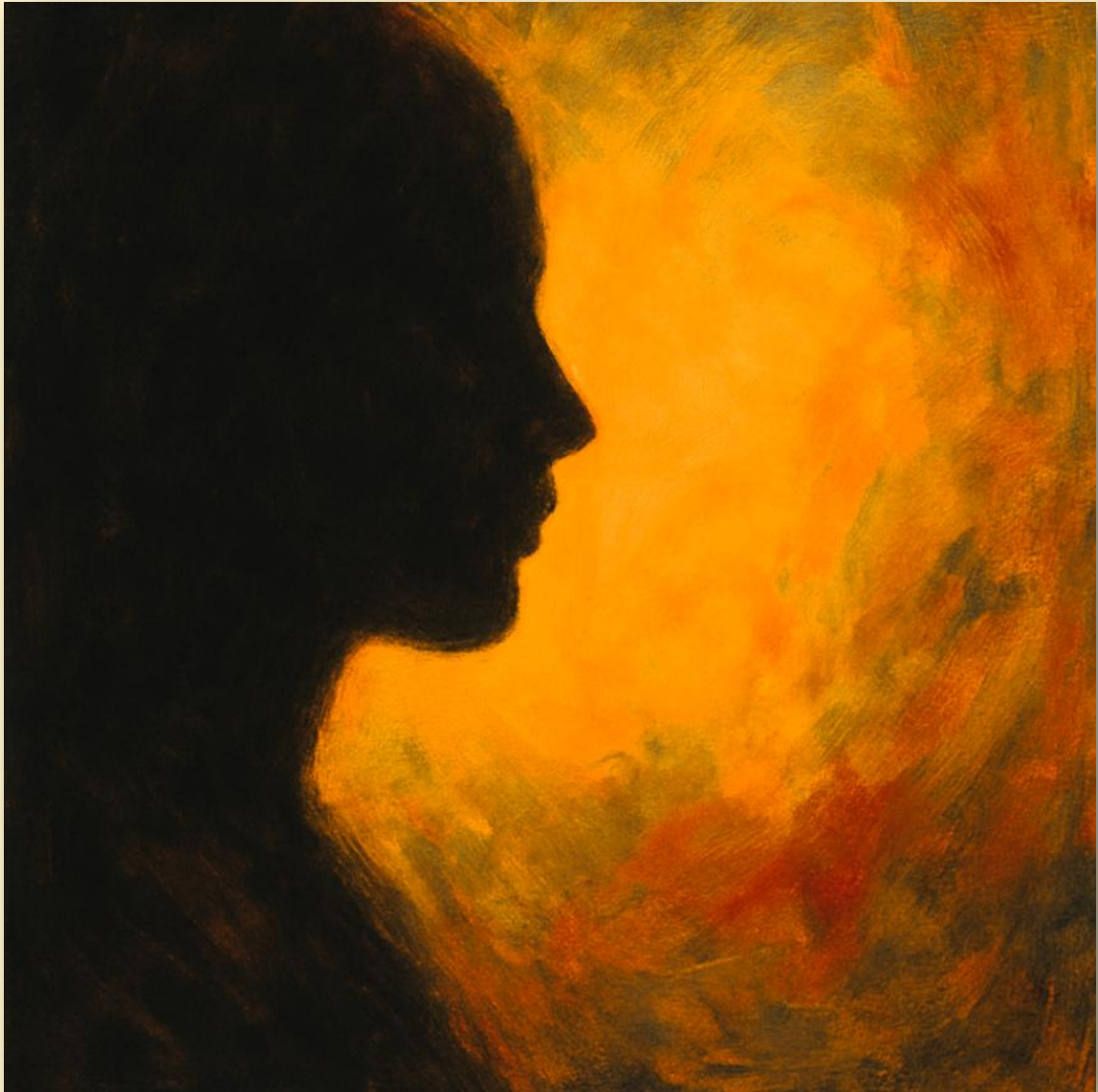
atleta con el relevo, solo para descubrir que es el repartidor de gas o el vecino que vuelve del mercado.

Si el técnico no llega, la paciencia debe prepararse para otra jornada de competencia. Si llega, comienza la carrera contrarreloj: mover muebles, desenredar cables, encontrar enchufes escondidos y mantener la sonrisa.

Cuando el internet revive, las páginas se abren como fuegos artificiales y el router se alza como si fuera la copa del mundo.

Tal vez por eso la paciencia no sea una virtud pasiva, sino una atleta silenciosa que se entrena en cada espera. El verdadero récord no está en llegar primero, sino en terminar el día con la sonrisa puesta, colgar las zapatillas como quien guarda una medalla y dormir con la certeza de que, en cualquier momento, volverá a sonar el silbato para la próxima competencia.

LA VALENTÍA INTERNA



Hay una valentía de la que casi no se habla.

No porque no exista, sino porque no se ve.

No es la valentía de los gestos grandes ni de las conquistas. No es la que se aplaude. Es otra. Una que pasa desapercibida. La que aparece cuando alguien se queda a solas consigo mismo y no sale corriendo.

Vivimos rodeados de máscaras. Nos acostumbramos pronto a usarlas. A mostrar lo que funciona, lo que no incomoda, lo que encaja. Y, sin darnos cuenta, empezamos a escondernos incluso de nosotros.

Tal vez ser valientes tenga más que ver con animarse a entrar que con salir a enfrentar algo. Con mirar lo que hay adentro, aunque no sea claro, aunque no sea bonito, aunque no sepamos bien qué hacer con eso.

Conocerse no es un logro. Es un intento. A veces sale. A veces no. Hay días en los que creemos entendernos y otros en los que volvemos a estar perdidos. Y está bien. No hay un punto de llegada. Solo acercamientos.

Aceptarse tampoco es rendirse. Es dejar de pelear todo el tiempo con lo que uno es. Reconocer errores, límites, contradicciones. No para quedarse ahí, sino para poder moverse desde un lugar más honesto.

Pienso en un pintor antes de empezar una obra. No parte de cero. Llega con dudas, con miedos, con una mirada que todavía no sabe cómo decirse. El lienzo no le exige perfección. Solo presencia. Algo parecido pasa cuando dejamos de exigirnos tanto y empezamos a escucharnos.

La fortaleza emocional va por ese mismo camino. No es no caer. Es caer y seguir. Es atravesar lo que duele sin convertirlo en sentencia. Entender que una caída no define una vida, ni un error define a una persona.

A veces se aprende como aprende un artista cuando algo no sale. Se borra. Se insiste. Se empieza de nuevo. No porque todo vaya a mejorar, sino porque todavía hay algo que quiere seguir.

Eso también es valentía. No la que se nota. La que se sostiene.

Al final, no hay grandes conclusiones. Solo decisiones pequeñas. Mirarse un poco más de frente. No huir tan rápido. Seguir, incluso cuando el pulso tiembla.

Como una obra que nunca termina del todo, seguimos ajustando el trazo. A veces con torpeza, a veces con aciertos. Tal vez vivir sea eso: quedarse, aun sin certezas, siendo lo más fiel posible a lo que uno es.

EL AHORA



Hay experiencias que no se anuncian. Llegan sin explicación, sin respetar el orden natural de las cosas. De pronto entran, alteran, desacomodan. El cáncer fue una de ellas. No pidió permiso. Se instaló en mi cuerpo como una palabra inesperada en medio de una frase que creía comprender. No vino a dejarme lecciones ni a convertirme en símbolo de nada. Simplemente llegó. Y con su llegada, detuvo el rumbo y me dejó frente a un presente desnudo.

De esa conciencia brota esta reflexión: no para demostrar fortaleza ni para cerrar heridas, sino para compartir cómo el lenguaje —y la vida— cambian cuando el presente se vuelve lo único real.

El cáncer me mostró que no siempre se trata de avanzar en línea recta ni de correr entre lo que quedó atrás y lo que aún no llega. El tiempo —lo comprendí entonces— es como un verbo conjugado en presente simple: no presume, no se explica, solo ocurre.

Ya no arrastro lo que fui, ni me aferro a lo que aún no sucede. Estar viva dejó de ser un proyecto aplazado para convertirse en un gesto breve, frágil y poderoso que ocurre aquí, sin adornos ni garantías.

Desde esa nueva conciencia del tiempo, algo se abrió dentro de mí: un paréntesis. No una pausa tibia ni un simple respiro entre acontecimientos, sino un intervalo profundo e inesperado. Como en las frases donde el paréntesis revela lo que no se dice en voz alta, allí afloraron verdades que había postergado: el peso del silencio, la calma que sostiene y la hondura de las cosas pequeñas.

Entonces empecé a notar lo que antes dejaba de lado: un rayo de sol cruzando la habitación siempre a la misma hora; el sonido pausado del agua en la cocina; la forma en que una taza caliente abrigaba mis manos; el crujir de las sábanas limpias al girar el cuerpo. También el olor del pan tostado al amanecer, el mensaje que llegaba sin ser esperado, la lentitud con que el cuerpo despertaba, el peso exacto de una cobija bien puesta. Todo eso —lo mínimo, lo callado, lo desapercibido— empezó a hablarme. Y en esa quietud sin respuestas, aprendí a mirar distinto: sin prisa y con asombro.

Fue entonces cuando el lenguaje también cambió. Los adverbios comenzaron a pesar más que los sustantivos. Ahora. Aquí. Todavía. Palabras breves que se volvieron refugio. Ya no importaba tanto lo que hacía ni lo que lograba. Lo esencial estaba en cómo lo vivía, dónde ponía el alma. El cáncer me volvió adverbial: no era la acción lo que importaba, sino el modo. Habitar el instante fue conjugarme con el alma despierta.

Y en medio de ese presente sin adornos, la escritura emergió como ancla y como espejo. No fue un acto planificado, sino una urgencia del alma: escribir se volvió mi forma de tocar el tiempo, de nombrar lo que dolía sin romperlo, de calmar la incertidumbre. Cada palabra me ataba al instante. Por eso escribo a diario: porque escribir es permanecer, es encender una luz mientras todo se mueve. Es mi manera de habitar el ahora con todo lo que soy.

El cáncer también me enseñó a abrir el corazón a una Presencia que transforma y que llegó con paz. Con esa ternura que no impone, pero permanece. Entonces sentí a Dios vivo en el alma. Y entendí que la fe no siempre irrumpe con respuestas ni con certeza. A veces, se manifiesta así: en la quietud que nos envuelve cuando más la necesitamos, en la seguridad de que hay "Alguien" que sostiene incluso cuando sentimos que caemos.

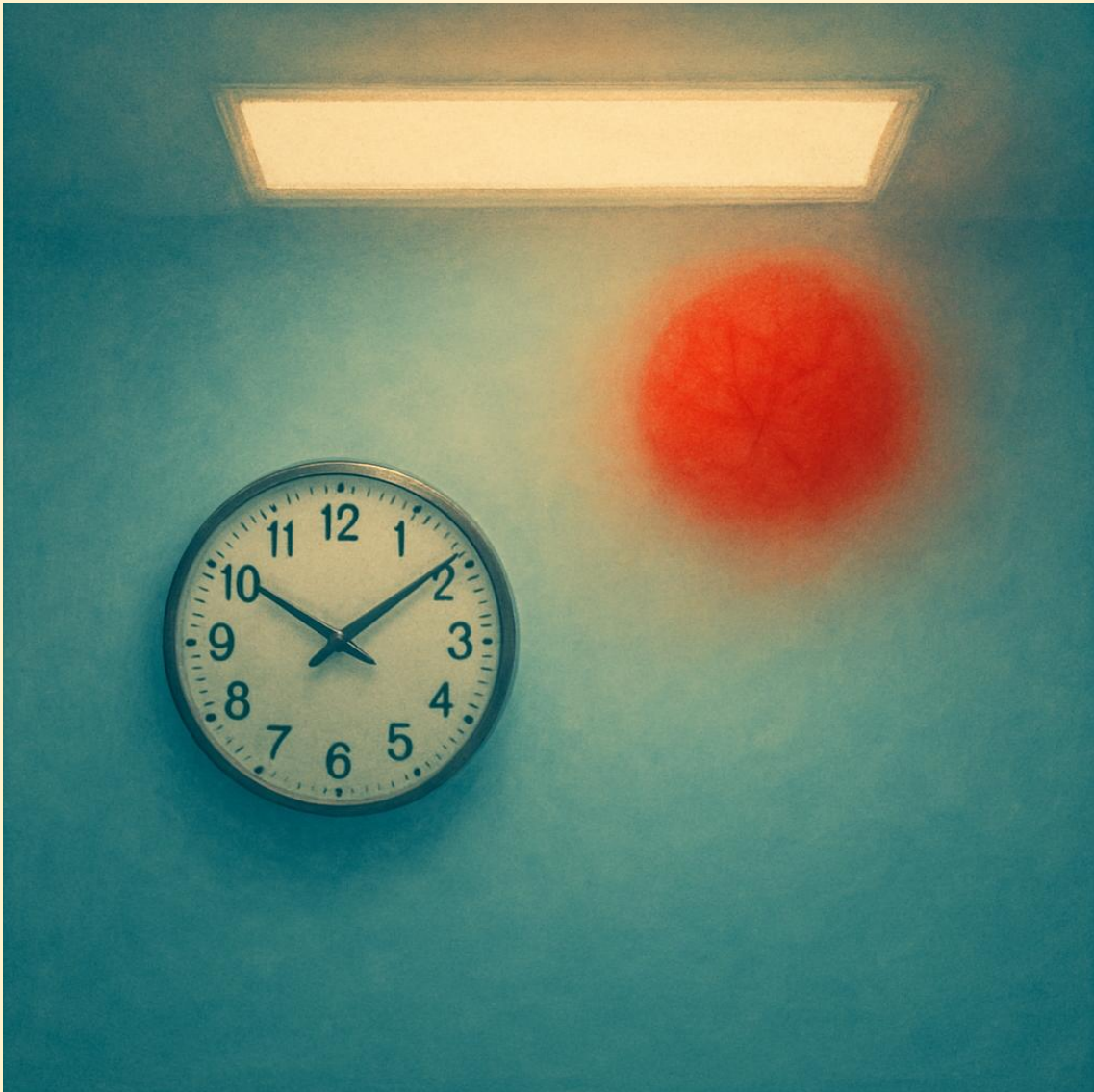
También descubrí que el amor no habita en los sustantivos llamativos ni en los adjetivos que embellecen sin tocar lo esencial. No vive en discursos elaborados ni en promesas bien formuladas. El amor verdadero se manifiesta en los gestos mínimos: alguien que nos tiende una mano sin que lo hayamos pedido, una bufanda doblada sobre la silla en los días fríos, un mensaje nocturno que nos hace sonreír. Entendí que el amor, como en la gramática, necesita concordancia: no se conjuga en soledad ni en ausencia. Solo existe cuando dos tiempos coinciden, cuando dos voluntades se acercan. Y eso vale en todas sus formas: en la familia, en la amistad, en el amor y en esa humanidad silenciosa que abraza sin pedir nada a cambio.

Y por último, el cáncer me enseñó que, aunque la fuerza brota desde dentro, no florece en soledad. Se nutre de presencias que sostienen, como ese sujeto tácito que no se menciona, pero da sentido a toda la frase. Así también son quienes nos acompañan sin hacerse notar: raíces silenciosas que evitan el derrumbe. Mi esposo fue abrigo en invierno,

faro en los días nublados, tierra firme cuando todo temblaba. Mi familia, con su ternura sin horario, tejó refugios invisibles donde podía descansar el alma. Y mis amigos, con ese amor que llega sin tocar la puerta, fueron sombra amable, voz serena y luz encendida en medio del apagón.

En suma, habitar el ahora no es negar el pasado ni soltar el futuro. Es aprender a mirar con nuevos ojos lo que está ocurriendo —aquí, ahora— mientras aún respiramos. Es reconocer que este instante es lo único que realmente podemos abrazar. Y aunque no siempre sea fácil, aunque duela, aunque a veces parezca insuficiente, vivir el presente con conciencia es el acto más valiente —y más humano— que he aprendido. Porque es en el ahora, tan frágil como eterno, donde la vida se revela en su forma más pura. Y eso, lo sé ahora, es la verdadera riqueza

EN TONO MENOR



Justo antes de la anestesia

la música baja

y se afina.

Blanco.

Luces transparentes.

Un olor leve a desinfectante,

mezclado con calma.

El tiempo sostiene
una nota larga
que no pesa.

El miedo entra
en rojo oscuro.
Late.

El aire se vuelve más denso,
como si el cuerpo
supiera antes que nosotros
que algo importante ocurre.

Afuera espera la familia,
en un rojo tibio.

Un acorde firme
que nos nombra
y nos sostiene.

Con ellos llega
el aroma conocido:
la casa,
la memoria.

En destellos dorados
cruza lo pendiente,
ligero,
como una melodía breve:
palabras guardadas,
abrazos en pausa,
promesas que todavía
respiran.

El amor no se apura.
Es azul claro.
El que espera sentado,

el que besa la frente,

el que vuelve

con solo pensarlo.

Huele a cercanía.

La música lo acompaña.

Y algo, por dentro,

empieza a ceder.

La divinidad se hace presente.

No hace ruido.

Es fuerza mansa,

pulso perfecto,

sostén invisible

cuando soltamos el control.

Entonces todo se aquieta.

La música abriga.

El color descansa.

El aire se vuelve amable.

Es la anestesia.

La luz baja.

La música sigue.

El olor se queda.

COTIDIANIDAD Y SENTIDO



ANTES DEL PRIMER CAFÉ



Hay mañanas que no comienzan: se defienden.

El cuerpo, todavía soñando, se aferra a la almohada como a la última frontera de la libertad. El despertador suena como si anunciara el fin del mundo. Uno abre un ojo, sospecha que el sol miente y trata de negociar: “cinco minutos más”. Pero el despertador no cree en promesas

humanas. Cumple su deber con precisión militar, ajeno a nuestras tragedias existenciales.

En ese campo de batalla, los cuerpos se dividen entre héroes y desertores. Los héroes se levantan al primer sonido, con una dignidad que despierta sospechas. Los desertores, en cambio, activamos la función “posponer” como si fuera un acto de fe: creemos que el tiempo, con un poco de ternura, nos esperará. Pero el tiempo no espera. Y el despertador, menos aún.

Después de perder —con elegancia— la primera batalla, llega la ducha.

Uno busca la temperatura exacta del paraíso y encuentra la del castigo eterno. El agua tibia se hace esperar como una promesa; el agua fría, en cambio, nunca falla a su cita. Entre bostezos y vapores inciertos, el cuerpo despierta antes que la mente. El jabón huye, la toalla se esfuma, y el espejo, empañado, observa sin intervenir. La ducha se convierte, entonces, en una pequeña escuela de humildad: ahí recordamos que el ser humano no domina la naturaleza, apenas negocia con ella.

Superada la ducha, comienza el desafío de vestirse.

El armario se abre como un oráculo caprichoso: la prenda que necesitamos nunca aparece, la camisa que hace juego con el terno decidió desaparecer y los calcetines insisten en llevar vidas separadas. Frente al espejo, la prisa dicta las reglas: lo importante ya no es combinar, sino salir vestido y conservar la dignidad.

Luego llega el momento de peinarse, esa prueba definitiva de autoestima.

El cabello tiene voluntad propia y se comporta como si supiera que llegamos tarde. Hay días en que ni el gel, ni el secador, ni las plegarias logran imponer orden. Y uno termina aceptando que la batalla está perdida: el cabello hace lo que quiere y nosotros fingimos que fue intencional.

Y así, antes del desayuno, ya hemos sobrevivido a cuatro guerras menores.

El día apenas comienza, pero cada uno de nosotros lleva una medalla invisible: la de haber resistido con humor, con sueño y con el cabello aún en disputa con la gravedad. Quizá eso sea la vida: un desfile de pequeñas batallas que libramos cada mañana, con la dignidad en construcción y la esperanza puesta en un milagro tan simple como empezar de nuevo.

Solo entonces llega el verdadero premio de consolación: el primer café del día.

Humeante, imperfecto y necesario, tiene el poder de absolver todos los fracasos anteriores. En su aroma cabe el perdón de la humanidad entera y un tímido deseo de empezar de nuevo. Uno lo sostiene entre las manos como quien abraza una tregua con el día, y por un instante — solo por ese instante— todo parece posible.

EL LENGUAJE DE LOS PIES



El cuerpo habla todo el tiempo, aunque no siempre le prestemos atención. A veces lo hace con gestos mínimos, otras con una postura, con una mirada que se sostiene o se esquiva. Hay días en los que dice más de lo que quisiéramos. Dentro de ese lenguaje silencioso, los pies tienen algo particular: van diciendo lo que somos mientras avanzamos. No piensan demasiado, no disimulan. Simplemente se mueven. Cada

paso sigue un ritmo propio, una cadencia que no responde a reglas aprendidas, sino a lo que el cuerpo siente en ese momento. Por ahí se filtra lo que no decimos, lo que guardamos, lo que todavía no sabemos cómo nombrar.

Los pies revelan el pulso interior. Caminar despacio, por ejemplo, se parece a un verso largo, que se toma su tiempo. Cada paso se apoya con calma, como si el cuerpo respirara mejor. En cambio, caminar rápido es otra cosa: un verso corto, entrecortado, que no se detiene. Hay prisa, urgencia, una necesidad de llegar antes de que algo se pierda. El cuerpo lo sabe y lo traduce en la forma de pisar.

La manera de caminar también cuenta una historia. Un paso firme, bien apoyado, transmite seguridad. El pie se afirma en el suelo y parece decir: aquí estoy. Hay dirección, hay intención. En cambio, un paso vacilante duda, flota, no termina de asentarse. Es como una frase que se queda a medias, una idea que no encuentra dónde apoyarse.

A veces el pie gira, se tuerce apenas, rompe la continuidad del andar. Ese gesto introduce una pausa. Como una elipsis en un poema, deja algo sin decir. El cuerpo se detiene un segundo, escucha, siente. Esa torsión pequeña dice mucho: incomodidad, atención, espera, cuidado. El movimiento lo dice solo.

También importa el lugar. En una reunión de trabajo, los pies suelen mantenerse contenidos, casi rígidos. Hay control, tensión, cuidado de no salirse del lugar. Se mueven lo justo, como versos que siguen una métrica estricta. En cambio, entre amigos, los pies se relajan. Cambian de posición, se estiran, se cruzan. El cuerpo afloja y el ritmo se vuelve más suelto, más espontáneo.

En casa ocurre algo distinto. Los pies se liberan del todo. Descalzos, caminan sin pedir permiso, descansan, juegan, corren. No siguen reglas. Se mueven como versos libres, respondiendo al espacio, al ánimo del

momento, a la energía que anda dando vueltas. Cada paso es inmediato, natural, sin correcciones.

Los pies descalzos tienen un lenguaje propio. Al tocar el suelo, establecen una relación directa con la tierra. Cada contacto suma una sensación: frío, tibieza, aspereza, suavidad. El cuerpo escucha. Como un poema que se entiende de a poco, línea tras línea, los pies descalzos van acumulando experiencia. No filtran. No traducen. Simplemente sienten.

En el baile, los pies se vuelven voz. Dicen lo que no se puede explicar. En el tango, cargan tensión y cercanía. Se buscan, se esquivan, se encuentran. Cada paso es una decisión compartida, como un verso que necesita del otro para sostenerse. Hay estructura, pero también riesgo.

En la bachata, los pies hablan de cercanía, de deseo, de complicidad. Se mueven con el ritmo y lo amplifican. El contacto con el suelo se vuelve emoción. Cada giro, cada deslizamiento, dice algo que no necesita palabras.

En el hip hop, los pies marcan el pulso con fuerza. Golpean, arrastran, saltan. Siguen el beat como un poema sigue su ritmo interno. Hay energía, respuesta inmediata, cuerpo atento. Los pies entran en diálogo con la música y sostienen la conversación.

En la danza moderna, los pies dibujan. No buscan contar una historia clara, sino provocar una sensación. Cada movimiento deja una imagen suspendida, breve, intensa. Como la poesía, no explica: sugiere.

Al final, los pies dicen mucho más de lo que creemos. Cada paso revela algo de lo que somos, de lo que sentimos, de lo que pensamos.

BATALLA CON LA CASA



🏠 todos nos pasa. Estamos a punto de salir y, de pronto, el universo decide ponernos a prueba. Para algunos son las llaves que desaparecen sin dejar rastro; para otros, los documentos que se esconden justo cuando más se necesitan. A veces se esfuman los lentes, las pastillas o el dinero como por arte de magia. Otras, es la cartera la que juega al fantasma, el celular que muere sin previo aviso o el paraguas que decide ocultarse, precisamente el día que llueve. También puede ser el reloj, el

estuche de los audífonos, el cargador o la tarjeta del bus. Y, por supuesto, todo ocurre cuando estamos más apurados.

Entonces empieza el ritual.

Vaciamos bolsos, abrimos cajones como quien busca un tesoro perdido, metemos la mano en el cesto de la ropa sucia, miramos debajo de la cama y hasta abrimos la nevera, por si acaso. La casa entera se convierte en un territorio sospechoso. Y, en medio del caos, aparecen cosas que no estábamos buscando: un pendiente sin pareja, el ticket de un concierto olvidado, una moneda que creíamos perdida, facturas arrugadas, la tapa de un bolígrafo huérfano y esa carta que juramos enviar algún día.

Suspiramos con dramatismo. Nos quejamos en voz alta. Incluso le hablamos a los objetos:

—Vamos, aparece de una vez.

Miramos el reloj cada dos minutos —el del celular, porque el de pulsera sigue extraviado— y abrimos el mismo cajón por tercera, cuarta y quinta vez, convencidos de que, si insistimos lo suficiente, las llaves se materializarán por pura presión psicológica. La prisa aprieta el pecho, el corazón late como cuenta regresiva y el tiempo parece escurrirse entre los dedos.

Al final, todo aparece donde menos lo esperamos. Las llaves estaban en el bolsillo de una chaqueta que no usamos desde la semana pasada; los documentos, entre las páginas de un libro, cumpliendo funciones de separador; el billete, en el pantalón de ayer, doblado con precisión quirúrgica; los lentes, descansando en el baño junto al jabón; la tarjeta del bus, entre los cojines del sofá; y el paraguas, firme detrás de la puerta, como si hubiera estado ahí todo el tiempo, observándolo todo.

Prometemos, entonces, que esto no volverá a pasar. Lo prometemos en serio. Aunque sabemos —nosotros y la casa— que en cualquier momento la escena puede repetirse.

Cerramos la puerta, damos unos pasos y aparece la sospecha:

¿dejé la estufa encendida?

¿apagué el gas?

¿la plancha de la ropa?

¿la del cabello?

¿el cargador sigue enchufado?

¿el equipo de sonido quedó prendido?

Y luego, la duda moderna: ¿le pedí a Alexa que lo apagara o solo lo pensé en voz baja?

No hay opción. Volvemos.

La inspección es minuciosa, casi solemne. Revisamos las perillas de la cocina una por una, como si estuviéramos desactivando una bomba. Confirmamos el gas. Dos veces. Luego la plancha de la ropa, la del cabello, el equipo de sonido y, por si acaso, el cargador del celular —que, claro, estaba desenchufado—. Y, como broche final, la llave del agua.

Ahora sí. Salimos otra vez.

Respiramos aliviados, aunque ya no caminamos: salimos volando, porque el reloj nos persigue. A esas alturas, llegar a tiempo ya no importa demasiado. Lo importante es haber sobrevivido.

Y si alguien pregunta por qué tardamos, que lo sepa: libramos una batalla épica contra la casa. Y esta vez, al menos por hoy, salimos victoriosos. La casa y nosotros quedamos en tregua.

SALVAR EL DOMINGO



El domingo fue, durante mucho tiempo, el día del encuentro. La visita a los abuelos, la mesa larga con primos y amigos, las sobremesas interminables. Era también la misa de la mañana, el helado de la tarde, el saludo cordial al vecino en la vereda.

Ese día avanzaba lento, sin prisa. Era un respiro entre jornadas cansadas, un instante generoso en el que la vida se volvía sencilla y luminosa.

Estaba hecho de gestos pequeños que engrandecían la vida común: la pelota rodando en la calle, la radio llenando la cocina, la visita inesperada que traía la risa, la historia repetida que nunca cansaba. La

casa abierta, la música sin escenario, la certeza de pertenecer a algo más grande que uno mismo.

También era el día de los paseos: caminar por las calles de la ciudad, recorrer sus plazas, detenerse frente a una vitrina iluminada. Y antes del cine, la parada obligada: los confites y caramelos que se vendían en la entrada. Dulces para niños y adultos, papeles de colores que brillaban como tesoros sencillos, maní tostado que calentaba las manos, caramelos que chisporroteaban en la lengua. Todos, grandes y pequeños, nos dejábamos tentar por esa dulzura que anunciaba la fiesta de la tarde.

Luego llegaba el cine: la penumbra compartida, la magia de la pantalla, el murmullo contenido de quienes soñaban juntos en la oscuridad. Allí, entre el crujido del celofán y las imágenes luminosas, el domingo desplegaba su propio ritual de maravilla.

Más allá del asfalto, el domingo respiraba naturaleza: la piscina rebosante de risas, la laguna convertida en espejo del cielo, los caminos rurales perfumados de pan caliente y tierra fresca.

El domingo también era un refugio para el cuerpo y para el alma: la siesta ligera, el café sin prisas, el libro esperando en un rincón y la hoja en blanco abierta a nuevas palabras. No pereza, sino equilibrio. Un recordatorio de que la existencia necesita pausas para seguir floreciendo.

Con el tiempo, sin embargo, esa serenidad comenzó a desdibujarse. La prisa, que antes se detenía en la puerta, empezó a invadir también los domingos y lo que había sido pausa terminó convertido en rutina.

Hoy, en el mundo de la urgencia, el domingo no debería perderse en el ruido de lo inmediato. Recuperarlo es un acto de resistencia, un regreso a lo esencial. Porque no es solo descanso: es presencia. Es sentarse

frente a quienes amamos y escuchar sin relojes; es compartir la mesa sin apuros, regalar nuestro tiempo sin condiciones.

Al final, no recordaremos las carreras ni los pendientes, sino los rostros, las voces y los afectos que nos acompañaron. Salvar el domingo es salvar la memoria, la calma y la forma más simple y verdadera de amar.

APRENDER A NO CORREGIRLO TODO



No todo lo que se desordena en casa necesita arreglo inmediato. A veces la casa se parece a un cuento en su primer borrador: nada está del todo claro todavía. Hay camas sin terminar, platos que quedaron esperando, papeles donde no deberían estar, pero ahí están. No porque alguien haya sido descuidado, sino porque la vida interrumpió. Como pasa con los cuentos, ese momento previo no es un error, es una etapa. Corregir demasiado pronto sería como sacar a un personaje antes de

saber por qué apareció. Hay casas —como los cuentos— que necesitan quedarse así un rato, sin apuro, para entender qué quieren contar.

En el trabajo ocurre algo parecido. Es como esa parte del cuento en la que la historia ya está, pero todavía no encontró su ritmo. Una escena no encaja, un diálogo suena forzado, algo se repite porque aún no sabe cómo salir. Pasa también con los informes, los proyectos, las clases, los correos que se escriben y se vuelven a escribir. No todo pide corrección inmediata. A veces el cuento mejora solo mientras uno hace otra cosa, responde mensajes, mira la pantalla sin ver nada o se sirve otro café. Ajustarlo todo en ese punto puede dejar el texto prolijo, sí, pero sin pulso. En el trabajo también pasa: dejar una tarea respirar, volver a ella más tarde, suele aclarar más que corregirla una y otra vez sin pausa. Y luego está la calle. Ahí nuestros planes y objetivos avanzan entre semáforos, filas, pasos apurados y otros más lentos. Uno cruza la calle pensando en lo que tiene que corregir o cambiar, y de pronto se detiene porque alguien frenó de golpe, porque el semáforo cambió antes de tiempo, porque apareció un saludo inesperado o simplemente porque el cuerpo pidió bajar el ritmo. Nada de eso estaba previsto. El cuento funciona igual: no todo ocurre como se planeó, algunas escenas se mezclan, otras se retrasan, otras aparecen cuando no tocaba. No es desorden, es movimiento. La historia sigue, aunque no todo esté perfectamente acomodado.

LA DANZA DE LA IMPERFECCIÓN



Vivimos en un tiempo que nos dice, a cada momento, cómo deberíamos ser. Las pantallas muestran modelos impecables, los números comparan, corrigen, ordenan. En medio de todo eso, la imperfección aparece casi sin permiso. No como una rebeldía declarada, sino como algo que se escapa. Un gesto torcido, un paso fuera de lugar, una forma

de estar que no termina de encajar. Y quizá por eso mismo, resulta tan viva.

En ese paisaje, el bailarín andino se mueve sin buscar exactitud. Sus pasos no son iguales entre sí ni pretenden serlo. Levantan polvo. Remueven memoria. Cada huella queda marcada de forma distinta, como si el cuerpo recordara cosas antiguas, cosas que no siempre pasan por la cabeza. Allí donde la uniformidad intenta borrar diferencias, esos pasos desiguales siguen insistiendo.

El primer movimiento no es seguro. Es más bien un tropiezo. Una pequeña caída que suena como un tambor viejo. El bailarín duda, teme romper el compás del rito, desordenar lo aprendido. Pero el suelo está ahí. Firme. Sosteniéndolo. Y poco a poco le enseña algo sencillo: también desde el error se puede seguir.

Con el tiempo, el temblor se aquieta. Las manos dejan de pedir permiso. El desorden empieza a acomodarse sin volverse rígido. La danza ya no se corrige tanto. Se escucha. Se vuelve un diálogo entre el cuerpo y la tierra, donde la imperfección deja de pesar y empieza a echar raíces.

El baile cobra sentido cuando el bailarín se entrega. Cuando deja de ajustarse y sigue el pulso del viento, del tambor, del propio corazón. Sus pasos irregulares dibujan formas que nadie podría prever. Lo que antes parecía torpeza se vuelve expresión. No hay coreografía exacta ni aplauso esperado. Solo un cuerpo moviéndose bajo el cielo abierto, dejando que cada error diga algo propio.

Cuando la música se apaga, no todo se detiene. Algo queda vibrando, aunque no se sepa bien qué. No es la perfección lo que permanece, sino la huella honesta de quien se animó a bailar así. El bailarín entiende entonces que su camino no termina en la fiesta. Continúa en la mirada de otros, en quienes, al verlo, sienten ganas de mover sus propios pasos.

Así, la imperfección se vuelve herencia. No como una consigna, sino como un permiso. Un gesto que pasa de uno a otro. Un eco suave que atraviesa el tiempo e invita a bailar sin miedo, bajo un cielo que no exige, no ajusta, no corrige. Solo acompaña.

DONDE HABITA LA TERNURA



Hay presencias que no hablan
y aun así hacen que la casa se sienta distinta.
Basta escucharlas moverse,
verlas pasar entre las cosas,
para notar que algo se acomoda
y el día se vuelve un poco más liviano.

Una mascota no llega para llenar silencios,

llega para compartirlos.

Se instala en la rutina
y, sin darse cuenta,
la vuelve más amable.

Traen una calma sencilla:
una mirada que acompaña,
un cuerpo que se queda cerca,
un gesto que dice “estoy aquí”
sin pedir nada.

Hay días en que el mundo pesa más de lo normal.
En esos días, su cercanía alcanza.
No hace falta hablar.
El cariño se entiende de otra manera,
en quietudes compartidas,
en ese estar juntos
que no necesita explicación.

Una mascota nos cambia despacio.
Nos vuelve más atentos,
más pacientes,
más capaces de cuidar
sin esperar nada a cambio.

Y cuando ya no están,
la casa lo sabe.
Queda un silencio raro,
una ausencia que todavía camina

entre los cuartos.

Pero no se van del todo.

Siguen en los horarios,
en los rincones,
en la forma en que aprendimos a querer.

Porque el amor que dan
no hace ruido,
pero se queda.

NOSTALGIA, MEMORIA Y PÉRDIDA



ENTRE LA FUGA Y LA FORMA



No tenía un nombre. No era una letra ni una palabra, ni siquiera un signo que se dejara notar con fuerza en la página, como un grito o una pregunta. Era solo un trazo, una línea sutil, que se inclinaba un poco, como si cargara con su propio silencio. Se posaba suavemente sobre algunas vocales, como una lágrima suspendida entre el sonido y el sentido. Era una tilde. Y nadie parecía acordarse de ella.

Durante años, había hecho su trabajo sin decir nada. No buscaba protagonismo. Sabía que su fuerza no estaba en el ruido, sino en la precisión. Donde se ponía, la palabra tomaba forma, se afilaba, se volvía más clara. Su trazo breve y elevado tenía una intención: guiaba al lenguaje hacia el sentido. Como una brújula que apenas se ve, marcaba el lugar exacto donde la palabra debía respirar.

Pero con el tiempo, comenzó a sentirse más ligera, como si su trazo ya no pesara tanto sobre las palabras. Nadie la buscaba. Nadie notaba su falta. En los correos electrónicos, en los carteles de las vitrinas, en los anuncios viejos de los periódicos, en los cuadernos escolares, en las páginas web e incluso en las libretas de los maestros, las palabras se escribían sin ella. Lo que antes la buscaba, como quien busca refugio, ahora avanzaba solo, vacía, sin eco, sin latido, sin el mismo sentido.

Al principio pensó que era un descuido, algo pasajero. Luego, tal vez, una costumbre nueva, esos atajos que la prisa nos obliga a tomar. Pero pronto entendió algo más profundo, algo más triste: ya no la necesitaban. Su ausencia no era un error, sino una decisión. El mundo había empezado a prescindir de ella, como quien deja de saludar a un vecino que antes era importante.

Y, por primera vez, empezó a dudar. No del lenguaje, sino de sí misma. ¿Puede una tilde seguir siendo una tilde si nadie la escribe, si nadie la piensa, si nadie la echa de menos? ¿Puede seguir existiendo algo que ya no se nombra?

El pensamiento la desbordó. Y, en lugar de hundirla, empezó a borrarla. Ya no podía sostenerse sobre ninguna vocal. Su trazo se deshacía al tocar una sílaba, como si el lenguaje mismo la dejara ir, con el desdén suave del olvido.

Sintió vértigo, pero no era caída. Era vacío. El vértigo de no tener lugar, de no pertenecer, de no saber si alguna vez fue algo más que un trazo leve sobre el sentido.

Ya no era forma. Era duda. Una línea sin propósito, una inclinación suspendida entre lo que fue y lo que ya no tenía forma, ni duelo, ni rastro.

No huyó. No protestó. Solo deseó apagarse, sin hacer ruido. Se redujo, como algo que se apaga sin ser visto, como una chispa que sabe que no habrá noche en la que encenderse.

Se fue, sin buscar refugio ni destino, más allá de los márgenes, entre las grietas de un teclado inactivo. No quería ser nombrada, ni ser encontrada. Solo dejar de insistir en su forma.

Pero justo cuando su trazo comenzaba a desvanecerse, algo cambió. Un cuaderno olvidado se abrió solo, como si algo dentro de él todavía respirara. El papel en blanco no la miró, pero la esperaba. Era como si aún quedara una palabra por escribirse, y su ausencia —tan pequeña, tan precisa— pudiera doler.

Fue entonces, suspendida entre la huida y la forma, que comprendió que algo la sostenía. Un hilo tan pequeño, pero suficiente.

LA GEOMETRIA DE LA NOSTALGIA



Dicen que la nostalgia no se puede medir. Yo no sé. A veces creo que sí. No con números, claro, sino de otra forma. Basta con notar cómo se acomoda en el cuerpo. Dónde se queda. Cómo pesa. No responde a la lógica, pero sí a la memoria. Hay días en que se siente redonda, como un abrazo que no llegó. Otros, punzante, como algo que quedó mal puesto. Y hay tardes en que simplemente aparece y ocupa el pecho, sin avisar.

La nostalgia no avanza. Da vueltas.

Va y viene.

Y vuelve otra vez.

Regresa cuando un olor se parece demasiado a otro tiempo. Cuando una voz suena casi igual a la de alguien que ya no está. Es insistente. Circular. Como un plato vacío en una mesa que antes estuvo llena. Como un reloj detenido en una hora que no se pudo repetir. No empieza ni termina. Solo vuelve. Y uno, con el tiempo, aprende a vivir con eso.

A veces estamos sostenidos por pocas cosas. Una persona. Un lugar. Un momento. Cuando una falla, todo se desarma. Entonces la nostalgia se siente distinta. Más frágil. Más expuesta. Basta rozarla para que tiemble. Hay días en que duele de frente. Otros, apenas flota, como si no supiera bien dónde quedarse.

No todas las nostalgias son claras. Algunas no tienen forma. Son recuerdos que se doblan, que se mezclan, que vuelven incompletos. La memoria se equivoca. Junta ternura con errores. Caminamos por esos recuerdos con cuidado, sabiendo que cambian cada vez que los tocamos.

Y hay nostalgias que no se dejan entender. No tienen bordes. No se recorren de principio a fin. Son escenas sueltas, voces que regresan sin aviso, silencios que ocupan espacio. Uno entra sin querer. Se queda un rato. No siempre entiende qué busca. A veces solo está ahí.

Al final, la nostalgia no pide explicaciones. No quiere ser ordenada. Se parece más a un lugar al que volvemos de vez en cuando. No para quedarnos, tampoco para escapar. Solo para reconocer algo que fue nuestro.

Quizá no se trate de comprenderla. Tal vez se trate de aprender a caminar con ella. De aceptar que hay cosas que ya no se tocan, pero

siguen acompañando. Y que, de algún modo, eso también forma parte de estar vivos.

AQUELLOS QUE PARTIERON



Lo que más duele no es la tristeza en sí.

Es la falta.

Esa ausencia que aparece justo en los lugares donde antes había algo: una risa, una voz, una presencia que ya no está. Duele porque el espacio sigue ahí, intacto, esperando. La casa, la silla, el camino de siempre. Todo permanece, menos quien lo llenaba.

Quienes se fueron no terminan de irse del todo. Se quedan de otra forma. A veces regresan sin aviso: en una canción que suena de pronto, en un olor conocido, en un objeto que aparece al fondo de un cajón. No los llamamos, pero vienen. Y por un momento, sentimos que siguen ahí.

Hay pérdidas que ya no se lloran en voz alta. No porque no duelan, sino porque aprendimos a guardarlas. Se vuelven silenciosas, casi domésticas. Están en la mirada que se detiene un segundo más en una silla vacía, en la pausa antes de decir un nombre, en esa costumbre difícil de perder: esperar a alguien que ya no llega.

La tristeza aparece ahí. No como algo que arrasa, sino como algo que acompaña. Se instala despacio. A veces pesa y quema; otras veces apenas roza, como si supiera que duele, pero no quisiera hacer daño.

Con el tiempo, uno entiende que esa tristeza no viene sola. Trae consigo la prueba de que lo amado sigue vivo de otra manera. No está afuera, pero sigue latiendo adentro.

Aceptar la pérdida no es olvidar. Es aprender a caminar con esa ausencia. Reconocerla en los gestos pequeños que quedaron, en ciertas manías heredadas, en la memoria que vuelve sin avisar.

Al final, la tristeza no es una enemiga. Es una forma callada del amor.

Duele porque hubo vínculo.

Permanece porque ese amor, de algún modo, no sabe irse.

FORMAS INVISIBLES DE LA SOLEDAD



La soledad nunca es un cuarto vacío. Aunque la puerta esté cerrada y no se escuche nada, siempre hay algo ahí. Algo que se mueve despacio. A veces entra por el oído. Basta que suene una canción. La nave del olvido de José José, y vuelve eso que quedó a medio decir. Ojalá de Silvio Rodríguez, con su fuego lento, recordando lo que no fue. Gracias

a la vida de Violeta Parra, y de pronto uno hace cuentas: lo que perdió, lo que tuvo, lo que aún duele agradecer. La música se queda flotando en el aire, como polvo iluminado por una ventana.

Otras veces la soledad se parece más a una maleta vieja, arrinconada. Tiene el cierre duro, la tela gastada, ese olor a cosas guardadas demasiado tiempo. Dentro están los mensajes escritos y nunca enviados, las fotos que todavía arden si uno las mira de frente, la ropa doblada con cuidado “por si acaso”, aunque sepamos que ese acaso no va a llegar. Esa maleta pesa. No por lo que tiene, sino por lo que recuerda.

También hay días en que la soledad es un museo oscuro. No uno elegante, sino uno medio abandonado. Los pasillos son largos y silenciosos. De pronto, sin aviso, se enciende una luz: la última conversación con alguien que ya no está, la risa atrapada en un video con mala resolución, el olor de un lugar visitado una sola vez y que vuelve sin permiso. Son recuerdos que aparecen cuando quieren. Uno no los llama. Simplemente entran.

Y a veces la soledad suena. Es un reloj. No hace ruido fuerte, pero se siente. Cada tic agranda un poco el espacio. Marca las horas, sí, pero también la espera. Golpea suave en la cabeza, en las sienes, como diciendo: el tiempo sigue, aunque no haya nadie mirando. Ese reloj no se apaga. Acompaña.

Entonces uno entiende que la soledad no es estar vacío. Es estar lleno de cosas que no se fueron. Canciones, objetos, recuerdos, sonidos. Una habitación donde todo parece quieto, pero nada duerme del todo. Porque incluso cuando creemos que estamos solos, lo que queda —lo que siempre queda— es uno mismo, sentado ahí, respirando, escuchando cómo pasan las cosas.

SEÑALES DE LA VIDA



La vida no siempre habla en voz alta.

A veces sus mensajes llegan como hilos de luz que caen sobre el día
sin hacer ruido:

una coincidencia que se repite,

una canción que aparece en el verso exacto,

una frase escuchada al pasar como si viniera dirigida a nosotros.

Son señales tímidas, ciertas.

Se acercan sin empujar.

Hay gestos que rozan el aire como claves pequeñas:

un silencio que pesa diferente,

un cambio mínimo en la voz,

una sensación que vuelve sin ser llamada.

La vida insiste con detalles casi invisibles,

como si confiara en que sabremos leerlos.

A veces la señal llega en forma de sonido.

Una risa —breve, luminosa, conocida—

atraviesa el espacio,

y el cuerpo se estremece sin permiso.

No es que la risa sea idéntica:

es que guarda el timbre de alguien que amamos,

alguien que ya no está,

o que ya no está como antes.

Entonces el corazón reconoce lo que la mente guardó en silencio.

Las señales también hablan desde lo que no fue olvidado.

Hay recuerdos que vuelven con una puntualidad inquietante.

Uno está preparando café,

ordenando una habitación,

abriendo un correo,

y de pronto llega una memoria que no habíamos llamado.

No irrumpe: se posa,

como si conociera la hora exacta en que podíamos sostenerla.

Trae un hilo, una verdad,

un pedazo de historia que pide ser escuchado.

Y hay señales que duelen un poco:
una respuesta demasiado breve,
un paso que ya no suena igual,
un silencio que no es pausa, sino aviso.

La vida no busca herirnos:
solo encuentra formas suaves de revelar lo pendiente,
lo que aún teme ser mirado de frente.

A veces la clave llega en forma de objeto encontrado:
una fotografía caída de un cajón,
una nota antigua,
un aroma que despierta un pensamiento.

Hay imágenes capaces de abrir un millón de emociones:
tristezas que creíamos dormidas,
ternuras que no sabíamos vivas,
amores que ya no están
pero respiran en la memoria con la fidelidad de lo esencial.

Las fotos conocen verdades que el tiempo no consigue borrar.

Tal vez nada sea casual.

Tal vez todo guarda una sincronía secreta:
la risa que despierta un recuerdo,
la fotografía que aparece,
el pensamiento que insiste cuando cae la tarde.

No son coincidencias:
son puertas pequeñas que la vida abre con paciencia.

Y cuando finalmente desciframos una —aunque sea una sola—,
algo se acomoda dentro.

El día late distinto.

La memoria enciende un rincón olvidado
y el alma reconoce un idioma que había dejado de usar.

Entonces comprendemos que la vida siempre habló:
la que estaba en silencio
era nuestra escucha,
esperando el valor de oír.

ESCRITURA, ARTE Y LENGUAJE



ANTES DE ENTENDER



La primera lectura de un poema pasa por el oído, no por la mente. Antes de entender, escuchamos.

Algo en las palabras nos llega primero como sonido. A veces es apenas una cadencia, una pausa que se alarga más de lo esperado, un golpe leve cuyo origen no sabemos precisar. Las rimas aparecen y desaparecen sin avisar; la métrica avanza, aunque no siempre sepamos

nombrarla. Es como un pulso que se deja sentir desde adentro. En ese primer encuentro empezamos a intuir el ritmo del texto: puede ser firme, incluso duro; puede ir apurado, desbordado; o moverse con suavidad, como algo que nos mece sin pedir permiso. Hay poemas que insisten como una lluvia fina; otros irrumpen, de golpe, como un trueno.

Escuchar un poema por primera vez es notar si está vivo. El oído percibe si el texto late o si algo en él se queda quieto. Un poema puede decir muchas cosas, pero cuando le falta ritmo, algo no alcanza a tocarnos.

Después, casi sin darnos cuenta, entra la vista.

Antes de comprender una sola frase, miramos la página. Vemos los espacios en blanco, los cortes, los silencios. Los ojos miden los versos: se detienen, avanzan. De un vistazo sabemos si el texto nos va a pedir aliento largo o si tendremos que leer despacio, con cuidado. La forma del poema ya nos está diciendo algo, incluso antes de que sepamos qué dice.

Luego aparece el olfato.

No porque el papel huela, sino porque las palabras llaman. Basta que se nombre la lluvia para que aparezca el olor de la tierra mojada. Una madera gastada nos lleva, sin transición, a una biblioteca antigua. La sal nos devuelve, sin aviso, una brisa que creíamos olvidada. El olfato poético es memoria pura: convierte la lectura en un lugar.

Estas evocaciones no se ven ni se tocan, pero envuelven. Nos llevan a escenas, a presencias, a momentos que creíamos dormidos. Cuando un poema no despierta esto, la lectura avanza, sí, pero algo queda plano.

Más adelante aparece el tacto.

Las palabras se sienten en la boca. Hay versos que ofrecen resistencia, se traban, dejan huella; otros corren sin estorbo. El tacto nos dice si el poema es frío y distante o si se acerca con la calidez de una mano que se posa sin pedir permiso.

Esa es la parte más física del lenguaje.

Un poema sin textura pasa por nosotros y se va rápido.

Al final aparece el gusto.

No de inmediato.

El significado se asienta despacio.

Ahí entendemos qué nos dejó el poema: si nos reconfortó, si nos incomodó, si quedó una amargura leve o una dulzura que insiste.

Lo que importa es eso que permanece cuando cerramos el libro. Ese rastro silencioso que sigue acompañándonos sin hacer ruido. Si el poema es verdadero, no se disuelve: se queda, como algo que nos camina por dentro, mucho después de la lectura.

PRIMER BOCADO



La primera lectura de un poema es como aceptar un plato sin preguntar demasiado. No sabemos aún cómo fue preparado ni qué ingredientes exactos contiene, pero confiamos. Le damos una oportunidad. En ese gesto hay una entrega inicial: no se juzga, no se compara, no se analiza. Se prueba. A veces con curiosidad, a veces con cautela.

Hay poemas que se ganan esa confianza desde el primer contacto; otros la piden con paciencia. En la primera lectura no importa tanto si entendemos todo, sino si sentimos ganas de seguir. Cuando un poema no funciona en ese primer momento, no siempre es por falta de ideas, sino porque no logra establecer ese acuerdo mínimo entre quien escribe y quien lee.

Leer un poema por primera vez es, en ese sentido, un acto de fe. Como en la cocina, a veces el segundo bocado confirma la elección; otras, nos damos cuenta de que no era para nosotros. Y también eso forma parte de la experiencia, sin culpa ni reproche.

La primera lectura es, además, la entrada, no el plato principal. No está hecha para saciar ni para explicarlo todo, sino para abrir el apetito. Pretender comprenderlo todo en ese primer momento es como pedirle a una sopa inicial que cuente toda la historia del menú. Hay poemas que se presentan con ligereza y otros que ya anuncian complejidad, pero ninguno se ofrece completo de inmediato.

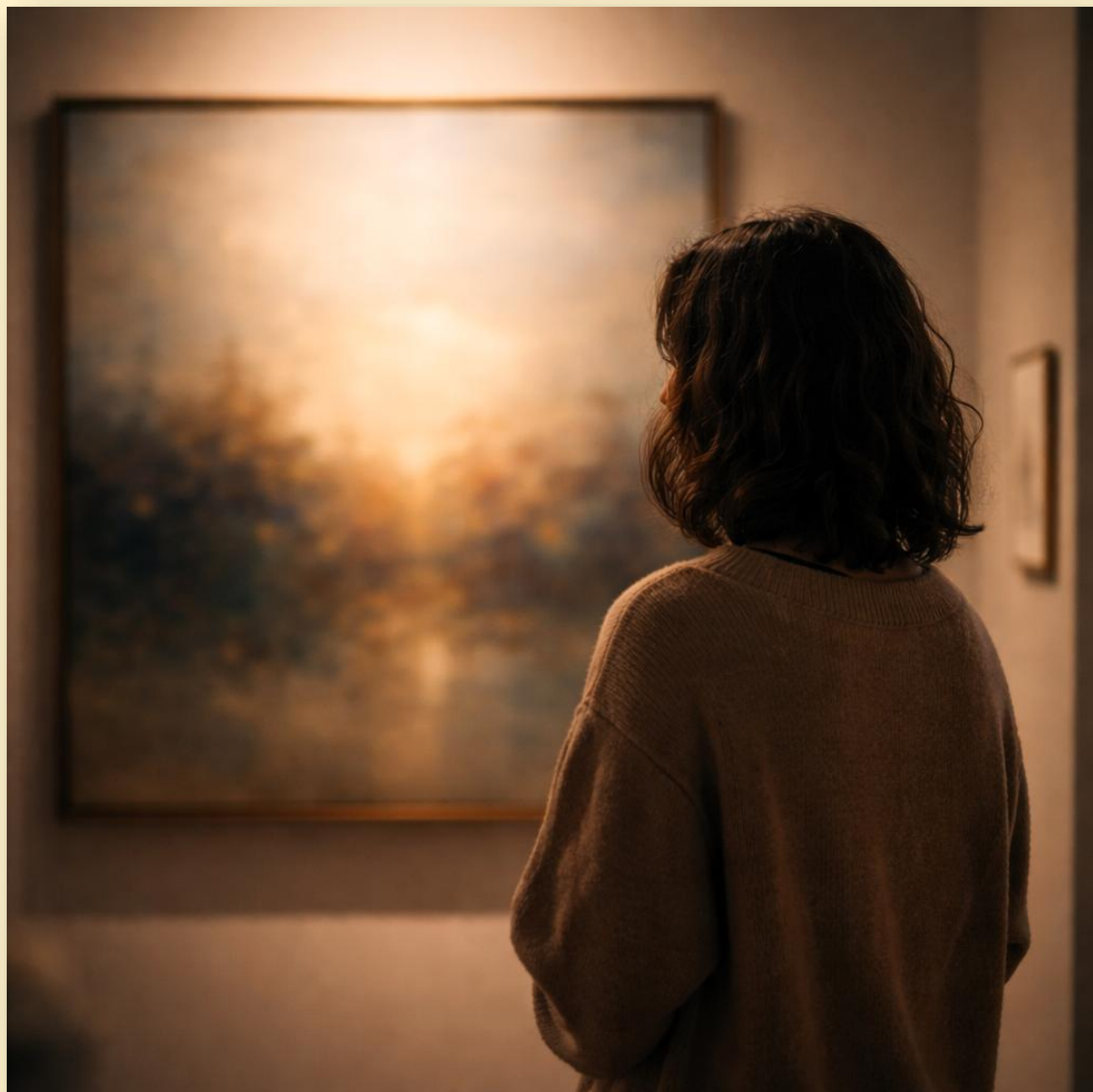
Ese primer acercamiento sirve para medir el tono, la temperatura, la intención. Nos dice si queremos seguir, si estamos dispuestos a quedarnos a la mesa. Un poema que exige demasiado en la primera lectura podría cansar; uno que se ofrece como entrada, en cambio, deja espacio para el deseo de volver, de profundizar, de leer otra vez.

La primera lectura también es un aprendizaje del gusto. Se parece a probar un sabor nuevo. No siempre agrada al instante: a veces desconcierta, a veces incomoda. Como ocurre con ciertos platos, el rechazo inicial no significa fracaso, sino falta de costumbre.

Hay poemas que necesitan ser leídos más de una vez para ser apreciados. La primera lectura no busca el placer pleno, sino el reconocimiento. Nos pregunta, en silencio, si estamos dispuestos a educar el gusto, a insistir, a mirar con otros ojos.

En poesía, como en la gastronomía, lo más interesante no siempre es lo más fácil. La primera lectura es apenas el comienzo de una relación que puede crecer con el tiempo, si aceptamos volver a la mesa con un poco más de paciencia y curiosidad.

RODEAR AL POEMA



La primera lectura de un poema se parece a detenerse frente a una obra de arte. No a estudiarla, no a descifrarla, sino a permitir que ocurra. Como ante una pintura, dejamos que la imagen nos alcance antes de preguntarnos qué significa.

En ese primer encuentro conviene acompañar al poema, no conducirlo. Leer se parece entonces a observar una danza lenta: no se anticipa el paso siguiente ni se exige dirección. El cuerpo se mueve, retrocede, vuelve a intentar. No hay conquista ni posesión, solo una forma paciente de estar cerca, una alianza silenciosa que no necesita garantías.

Aunque un poema dialogue con normas y tradiciones, en su primera lectura no busca legitimarse ni pedir permiso para ser. Su intensidad no siempre está en lo que muestra de inmediato, sino en lo que queda en penumbra. Como al mirar una fotografía sin leer el pie, atendemos la luz, pero también la sombra; aquello que se ve y lo que queda insinuado, sin nombre.

Por eso, antes de interpretar, es mejor guardar silencio. Dar tiempo. Permitir que el poema haga lo suyo mientras lo miramos sin explicarlo. Después de esa primera lectura, no salimos con certezas, sino con preguntas. Y quizá esa sea la forma más honesta de comenzar a leer poesía.

ENTRAR DESPACIO



Leer un poema por primera vez es también entrar en una casa desconocida, a oscuras. No siempre llegamos preparados. No sabemos dónde está la luz ni cuántas habitaciones existen. Nos movemos despacio, con cuidado, confiando más en la intuición que en la certeza. Antes de admirar la belleza, buscamos algo más elemental: que la casa no se nos venga encima.

Al comienzo no importa la decoración, sino la firmeza de los cimientos. Caminamos a tientas, rozando la pared, atentos a cualquier crujido, preguntándonos si el poeta construyó sobre piedra o sobre arena. Es un momento de reserva silenciosa. Necesitamos saber si estas palabras pueden sostener nuestro propio peso o si algo en ellas no termina de asentarse. Buscamos vigas, columnas, una verdad mínima que nos dé confianza, aun sabiendo que no todas las casas resisten y que no todos los poemas están hechos para ser habitados.

Esa sensación se parece a la de ciertas películas de misterio, cuando el espectador entra en la historia sin explicaciones previas. No hay mapas ni instrucciones; solo una atmósfera que se va cerrando y un espacio que se intuye más de lo que se comprende. A veces la historia sostiene, otras no. No se trata de entenderlo todo muy bien, sino de percibir si lo que se nos ofrece tiene coherencia, si puede sostenerse en el tiempo o si terminará desmoronándose.

A medida que caminamos, empezamos a notar la textura de los materiales. Hay poemas que se sienten como madera antigua y tibia; otros son fríos como el metal o ásperos como el ladrillo sin pulir. No atendemos al color de la pintura, sino a la superficie, a la consistencia de las palabras. Una frase puede pesar en la mano; otra se desliza sin dejar marca. Así vamos descubriendo de qué está hecha esa construcción: si de recuerdos que raspan o de sueños que apenas se sostienen.

Como ocurre en muchas historias donde el misterio se revela lentamente, la primera lectura no busca el giro final ni la explicación completa. Se queda ahí, habitando la atmósfera. Confía —o espera— que el sentido llegue después. En la lectura inicial de un poema, comprender no es la prioridad; lo es percibir si existe un pulso que sostenga el conjunto, o si ese pulso nunca termina de aparecer.

Al final, ese recorrido a ciegas nos deja en medio de la sala, rodeados de preguntas. El asombro no nace de entenderlo todo, sino de haber llegado hasta ahí. Nos preguntamos qué es este lugar, por qué una escalera parece no llevar a ninguna parte, qué hay detrás de una puerta apenas entreabierta. Y también, a veces, si queremos volver.

La primera lectura no nos entrega las llaves: apenas nos deja el misterio. Salimos de esa casa con algo adentro, sin saber bien qué es. Y aunque todavía no sepamos dónde está la luz —o incluso si vale la pena buscarla—, ese lugar, ese poema, ya nos ha cambiado un poco.

BAILAR UN POEMA



Esta reflexión no pretende ser un manual ni una guía didáctica sobre cómo leer poesía. No propone fórmulas, pasos obligatorios ni un único modo correcto. Leer un poema es, ante todo, una práctica y un placer: se aprende leyendo, equivocándose, regresando al verso, dejándose tocar. Un lector se forja en la lectura, en el encuentro repetido con la palabra y en el tiempo que se le concede al poema para decir lo suyo.

Leer un poema no es como recorrer un cuento, una leyenda o una novela. Por su propia naturaleza, la poesía habita un espacio distinto y exige otra disposición. No hay que entenderlo todo de inmediato. Un poema suele revelarse en una segunda o tercera lectura. Conviene leer despacio, como si fuera la primera vez que escuchamos una canción: con el alma abierta y con el gusto de quien se dispone a bailar.

En un primer encuentro, la lectura puede asumirse con la libertad de quien escucha jazz. No se busca la lógica de los hechos, sino la sorpresa de la imagen. Las palabras fluyen sin ser juzgadas; entran por el oído antes que por la razón. Hay poemas que se leen así, como los de Federico García Lorca, donde el verso es intuición y ritmo visible: “Verde que te quiero verde. / Verde viento. Verdes ramas” (*Romance sonámbulo*). En este momento no se analiza el significado; se permite que el lector sea arrastrado por el torrente sonoro y la improvisación del sentimiento.

Al volver sobre los versos, el ritmo de lectura cambia. Se vuelve más cercano, más lento, como un bolero. Es el momento de aproximarse, de saborear cada sílaba, de descubrir matices que antes pasaron desapercibidos. Así ocurre con la poesía de Dulce María Loynaz, cuando escribe: “Si me quieres, quíereme entera, / no por zonas de luz o de sombra...” (*Quíereme entera*). En esta lectura, cada palabra es frágil; importa tanto lo que dice como el silencio que deja. Es un susurro que invita a renunciar a la prisa.

Hay momentos, sin embargo, en que el poema exige otra actitud. De pronto, la lectura cobra la fuerza y la precisión de un tango. Un verso golpea, interrumpe, obliga a detenerse. Es lo que sucede con César Vallejo, cuando escribe: “Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!” (*Los heraldos negros*). Ante un impacto así, conviene hacer un alto. El cuerpo lo percibe antes que la razón. Es una lectura de contacto directo, dolorosa y profundamente humana.

Al cerrar el libro, la experiencia se asienta de otro modo. Ya no hay sobresalto, sino resonancia. Lo leído comienza a decantar y se queda con nosotros, como una balada que acompaña en silencio. Así ocurre con Wisława Szymborska, cuando escribe: “Nada ocurre dos veces / y nunca ocurrirá. / Nacimos sin experiencia, / moriremos sin rutina” (*Nada ocurre dos veces*). Aquí, leer es comprender que cada verso, como cada instante, es único e irrepetible.

Saber qué ritmo pide cada poema es algo que solo se adquiere con el tiempo. Como el bailarín que entrena su cuerpo para dejarse llevar por la música, el lector, mientras más lee, aprende a elegir su propio compás. A veces será pausa, otras intensidad, otras recogimiento. Al final, un poema se lee como se baila: sin instrucciones, con todo el cuerpo y con el alma abierta de par en par.

ENTRE PÁGINAS Y SOMBRAS



Cada vida se parece a un libro que nunca termina de cerrarse. Pasa de mano en mano, queda abierto en miradas ajenas. Quien se cruza con nosotros lee algo, aunque no lo sepa. Y, sin proponérselo, también escribe: completa lo que no dijimos, interpreta lo que callamos, imagina lo que dejamos a medias.

Hay personas que apenas nos hojean. Nos leen rápido, sin detenerse demasiado, y nos recuerdan como se recuerda una anécdota mínima,

algo que pasó y siguió su camino. Otras, en cambio, leen despacio. Se quedan. Observan los gestos, escuchan los silencios, subrayan sin lápiz lo que les importa. Sin darse cuenta, nos llevan consigo y nos mezclan con su propia historia.

También están quienes creen firmemente en un yo verdadero. Piensan que, detrás de tantas miradas, hay algo fijo, un centro que no cambia, una versión de nosotros que nadie puede tocar. Para ellos, la vida no es una biblioteca infinita, sino un solo libro escrito desde adentro, sin correcciones externas.

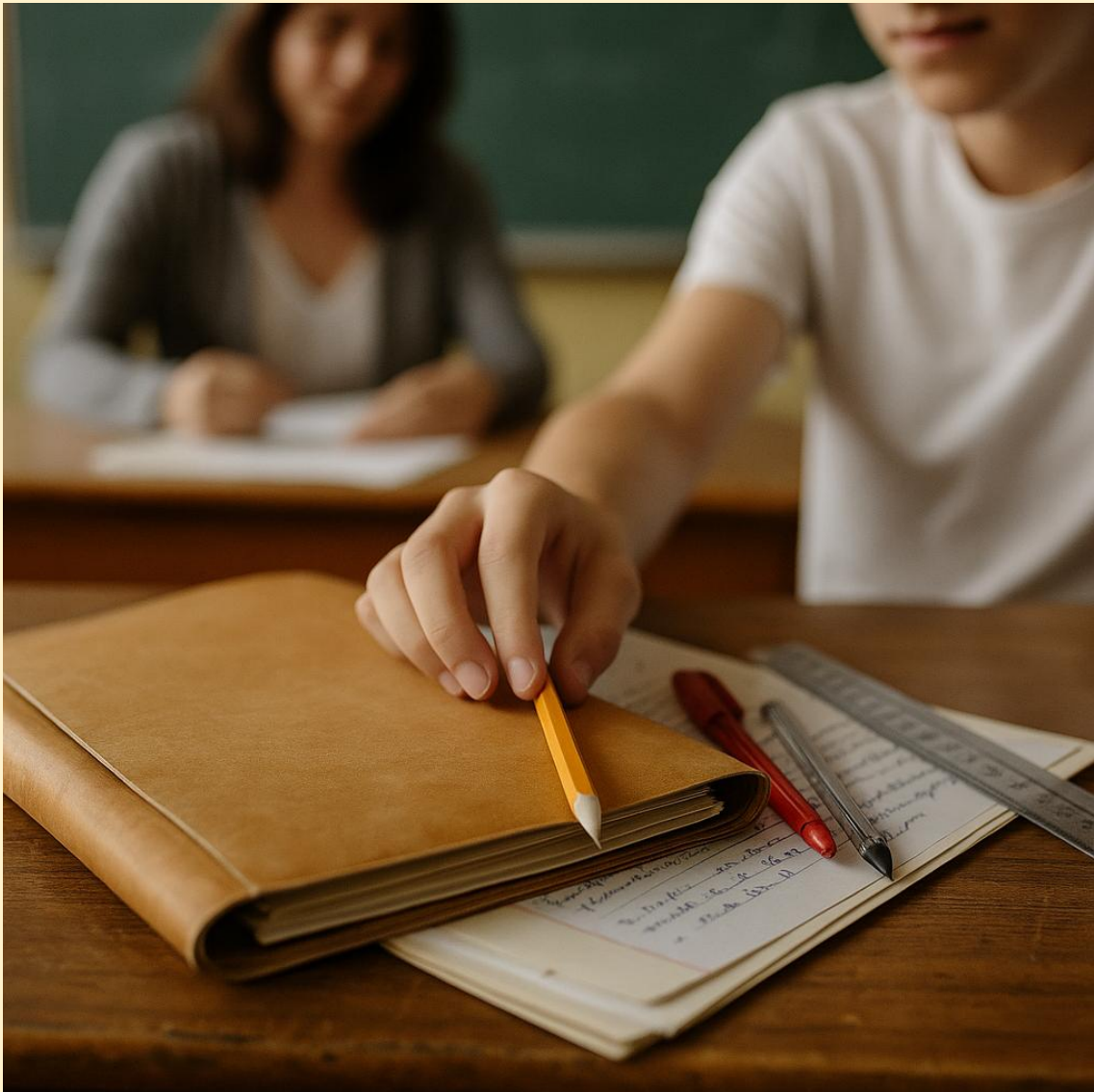
Otros sostienen que toda historia tiene un final claro. Creen que, en algún punto, el libro se cierra: con la muerte, con lo que dejamos hecho, con lo que otros cuentan de nosotros. Las páginas se guardan entonces en el tiempo y la lectura, inevitablemente, termina.

Y están quienes desconfían de la metáfora. Dicen que no somos libros ni relatos, sino actos concretos, decisiones que no se borran, memorias hechas de cuerpo y no de papel. Que compararnos con páginas es quitarle peso a lo vivido.

Tal vez tengan razón todos, un poco. La vida no cabe en una sola imagen. A veces somos libro abierto, otras relato que se cierra, otras pura materia viva que se desborda. Nos movemos entre lo que cambia y lo que permanece, entre lo que otros reescriben y lo que ya no se puede mover.

Quizá vivir sea aceptar eso. Ser páginas abiertas y, al mismo tiempo, algo que resiste. Seguir escribiendo, aun sabiendo que no todo se dice. Y mientras tanto, dejar espacio —en los márgenes, en los silencios— para las líneas que todavía no sabemos cómo escribir.

EL LÁPIZ DEL PORTAFOLIO



Soy el lápiz que vive en el portafolio de una maestra.
Paso mis días entre planificaciones que quieren orden,
hojas marcadas por el apuro
y papeles que huelen a esfuerzo.
A veces escucho ideas que asoman tímidas
y se esconden antes de volverse palabra.

No tengo tinta elegante
ni pretensiones de pluma fina.
Soy grafito sencillo,
el primero en llegar
y casi siempre el primero en equivocarse.

El borrador anda detrás de mí,
corrigiendo con buena intención
y dejando siempre un rastro gris,
como recordatorio de que nada queda del todo limpio.
El bolígrafo rojo aparece solo cuando es necesario,
muy serio, muy justo,
hasta que un día se queda sin voz.
Y la regla... bueno,
ella sigue creyendo que todo puede medirse.

Hay días en que me siento importante.
Otros, apenas útil.
La mayoría, simplemente presente.
Escribo ideas ajenas
y dibujo las mías en los márgenes,
donde nadie las juzga.

He firmado tareas,
corregido frases a medias,
dibujado corazones, flechas y caritas
durante reuniones demasiado largas.
He visto pensamientos nacer con miedo
y otros perderse sin drama.

A veces me deslizo con soltura.
Otras, me tropiezo con café,
con prisas
o con un cansancio que también escribe.

Cuando el sacapuntas me llama,
no protesto.
Es parte del oficio.
Cada viruta que cae
es una oportunidad de volver a empezar.

Y cuando nadie me usa
y quedo quieto,
me consuelo pensando
que el silencio también descansa.

Pero entonces la maestra abre el portafolio,
me deja sobre el escritorio,
y alguien me toma prestado
para subrayar una idea.

Ahí entiendo todo:
no vine a escribir perfecto,
vine a acompañar el intento.

ENTRE TECLAS Y NOTAS



Quien no se maneja con soltura en el celular o la computadora sabe lo que es esa incomodidad silenciosa de escribir un mensaje. Nada fluye. Los dedos dudan, se equivocan, presionan teclas que no eran. Hay que mirar la pantalla dos veces, borrar, volver a empezar. Cada palabra cuesta un poco más de lo esperado. No es torpeza, es simplemente no estar acostumbrado.

A veces parece que el aparato se resiste. Lo que uno quiere decir está claro en la cabeza, pero no logra salir igual. Se escribe lento, con cuidado, como si cada letra pudiera fallar. Hay un ir y venir constante: escribir, borrar, corregir. Y aunque el proceso cansa, algo va quedando. Cada intento deja una pequeña enseñanza, aunque no siempre se note de inmediato.

Del otro lado están quienes escriben casi sin pensar. Los mensajes salen rápido, ordenados, como si los dedos supieran solos a dónde ir. Pero esa facilidad no apareció de la nada. Antes hubo errores, mensajes mal escritos, autocorrectores traicioneros y más de una frustración. Nadie empieza sabiendo.

Y lo curioso es que esa diferencia no es tan firme como parece. Basta una actualización, un cambio en la pantalla, una función nueva, para que todos volvamos a dudar un poco. De pronto, el que parecía experto también se detiene, busca, pregunta. El dominio nunca es definitivo.

Tal vez ahí esté lo más real de todo esto. Aprender no es llegar a un punto y quedarse. Es avanzar, retroceder, adaptarse. Es aceptar que siempre habrá algo nuevo que nos descoloque un poco.

Al final, escribir en un celular no tiene que ser perfecto. Basta con intentar, con seguir. La tecnología, como la vida, no se trata de hacerlo todo bien, sino de no dejar de moverse. De equivocarse, corregir y volver a empezar. Y en ese proceso, estamos todos bastante parecidos, aunque a veces no lo parezca.

LA MELODÍA DEL LECTOR



Hay palabras que no apuran.

Se quedan quietas, como una melodía bajita,
esperando que alguien las escuche de verdad.

No hacen ruido, pero están ahí,
latentes,
aguardando a que alguien se detenga.

El lector llega a un libro así, sin anunciarse.

A veces no lo buscaba.

Solo abrió una página

y algo empezó a sonar adentro.

Entonces las palabras despiertan,

no porque griten,

sino porque alguien les prestó oído.

Leer es dejarse habitar.

El texto propone un ritmo,

una pausa,

un silencio.

Pero es el lector quien decide

dónde quedarse,

qué frase repetir en voz baja,

cuál pasar rápido

y cuál dejar resonando.

El escritor deja señales,

como acordes sueltos.

El lector los recorre

y, sin darse cuenta,

los vuelve propios.

Por eso ningún libro se lee igual dos veces.

El sentido no se cierra en quien escribe.

Necesita a quien lee para completarse.

En ese encuentro,

las palabras dejan de estar solas

y se vuelven experiencia compartida.

Entonces el libro ya no pertenece del todo a su autor.

Empieza a vivir en quien lo lee,

como una canción interior
que aparece en cualquier momento del día.

Porque, al final,
un libro no quiere ser entendido.
Quiere ser escuchado.

ACOMPañAR A UN POEMA



Quien lee con atención a una figura del poema no entra al texto para imponerse. Entra como quien visita. Se acerca con cuidado, sin invadir. A veces la mira desde afuera, atento al tono, al ritmo, a las pausas. Otras veces se deja atravesar por lo que el poema propone y permite que esa presencia lo toque, lo incomode o lo conmueva.

En ese recorrido puede ocurrir algo más: por instantes, el lector siente que es ese personaje. No porque se confunda con él, sino porque el poema despierta una identificación profunda. No solo se reconoce en él, sino que empieza a sentir desde su lugar: se alegra, se inquieta, sufre, duda. Esa cercanía no es un exceso ni un error; forma parte del proceso. Pero tampoco es permanente. En otros momentos, el lector solo nombra al personaje, lo reconoce y lo deja seguir su camino dentro del texto.

Hay lecturas aún más delicadas, en las que el lector no entra del todo al poema. Se queda cerca. Escucha. Aprende a no forzar lo que el texto no quiere decir de inmediato y comprende, poco a poco, que el silencio también comunica y que no todo necesita ser aclarado para tener sentido.

Leer de esta manera permite entender que un poema no se agota en lo que logramos comprender de él. Se expande en lo que somos capaces de acompañar. El personaje no es una pieza que deba encajar en una interpretación única, sino una presencia viva que invita a moverse con ella, a aceptar sus dudas, sus contradicciones y su respiración cambiante dentro del texto.

Esta manera de leer sirve en el aula, para profesores y estudiantes, y también cuando uno se queda a solas con un poema. Nos invita a ir más despacio, a escuchar antes de apurarnos a decir: “esto significa tal cosa”. Nos recuerda que la poesía no está hecha para resolverse ni para cerrarse en una idea correcta. No funciona como una respuesta ni como una conclusión rápida: se queda, acompaña, pide tiempo.

Tal vez por eso leer no siempre es entender y, mucho menos entenderlo todo. A veces leemos mal; otras veces no sabemos cómo leer, y está bien que así sea. Quizá leer bien no sea llegar primero a una explicación, sino aprender a caminar junto al poema, con humildad, sin prisa, aceptando que no siempre vamos a saber del todo qué dice, pero sí qué nos pide: atención, cuidado y la disposición a quedarnos un momento más.

ENTRAR EN EL PERSONAJE



Cuando leo, lo que más me atrapa no es la historia en sí, sino los personajes. Me gusta sentirlos vivos, con pliegues, contradicciones y zonas que no se dejan ver del todo. En cambio, el análisis se me vuelve poco estimulante cuando la lectura se queda en lo predecible: clasificarlos como protagonistas o antagonistas, o reducirlos a aquello que los motiva o los explica. En esos casos, siento que apenas rozo la superficie.

Por eso, con el tiempo, he ido buscando otras maneras de entrar en ellos. Rutas menos evidentes, más cercanas a la intuición que al juicio, que me permitan entender qué es lo que realmente los mueve.

No siempre leo de la misma forma. Depende del libro, del género, del autor y de lo que cada texto se deja preguntar. Por eso, lo que comparto aquí no es un método ni una receta. Es, simplemente, mi manera de leer. Y si algo de este recorrido le sirve a otro lector para mirar distinto, entonces el texto ya habrá cumplido su función.

El personaje como territorio

Me gusta pensar al personaje como un lugar. Como un mapa que no se revela por completo. Hay zonas que el texto nos permite recorrer y otras que quedan cerradas, incluso para el propio autor. Todo personaje guarda espacios inaccesibles y muchas veces es ahí, en lo que no se puede nombrar del todo, donde se vuelve más interesante.

Lo que le irrita

Casi siempre ponemos atención en lo que al personaje le gusta o desea. Pero a mí me interesa mucho mirar lo contrario: aquello que lo incomoda, lo molesta o le provoca rechazo. En esas pequeñas fisuras suelen aparecer miedos, frustraciones o deseos que no se dicen en voz alta, pero que terminan marcando su manera de actuar.

La elocuencia del silencio

Los diálogos ayudan, claro, pero los silencios dicen más. Me fijo en qué hace el personaje cuando el silencio se vuelve incómodo, cuando no encuentra palabras o decide callar. A veces, lo más revelador no es lo que dice, sino aquello que evita decir.

Habitar su lugar

Intentar ponerse en el lugar de un personaje puede ser un ejercicio interesante, pero también engañoso. Existe el riesgo de leerlo desde nuestras propias emociones y no desde las suyas. Por eso, cuando intento habitar su lugar, me pregunto si el texto ofrece señales reales de lo que ese personaje siente, piensa o intuye. Leer también es aprender a no imponer una voz donde lo que corresponde es escuchar.

La relación con el tiempo

Otra clave es observar desde qué tiempo vive el personaje. Algunos están atados al pasado; otros sobreviven en un presente impulsivo, casi sin pausa. Hay quienes viven adelantados, atrapados en un futuro lleno de ansiedad. Ese tiempo interior marca su ritmo y su manera de responder al mundo.

La tensión entre el creador y su criatura

Este punto siempre me llama la atención. A veces el autor intenta cuestionar una postura, pero crea un personaje que la defiende con una lógica tan sólida que termina siendo fascinante. En ese gesto, el escritor entra en un diálogo consigo mismo y, no pocas veces, el personaje se le escapa y conduce la historia hacia un lugar inesperado.

Mirar esa tensión no significa hacer una biografía del autor. El autor es una persona; el personaje, otra cosa. Sin embargo, al escribir es imposible no dejar rastros. A mí me interesa seguir esas huellas: las contradicciones, las preguntas, las fisuras que se filtran en la ficción. No la vida de quien escribe, sino esa sombra que se cuela entre líneas.

Lo que queda sin resolver

Hay preguntas que el autor no logra cerrar y que, casi sin darse cuenta, deposita en sus personajes. No son confesiones ni datos personales, sino tensiones profundas que quedan abiertas. El personaje se vuelve entonces un espacio de búsqueda: dice lo que el autor se permite formular, aunque no siempre encuentre respuesta.

El secreto del personaje

Los personajes, como nosotros, guardan secretos. Cosas que no cuentan, verdades que prefieren esconder, incluso de sí mismos. Seguir ese rastro de lo que se calla suele llevarnos al centro del personaje, a una verdad frágil que no necesita ser dicha para hacerse sentir.

El cuerpo que habla

A veces olvidamos que los personajes no solo piensan: habitan un cuerpo. Me fijo en cómo caminan, cómo respiran cuando algo los inquieta, qué hacen con las manos cuando dudan o mienten. El cuerpo suele decir lo que las palabras no alcanzan.

La idea que el personaje tiene de sí

No siempre coincide con lo que realmente es. Hay personajes que se creen fuertes y resultan frágiles; otros se piensan insignificantes y sostienen toda la historia. Esa distancia entre lo que creen ser y lo que el texto muestra abre un conflicto interior más hondo y, a veces, más humano.

Al final, entrar en un personaje es una experiencia distinta para cada lector. Cuando cierro un libro, no me llevo solo una historia, sino la huella de alguien que, aunque nació en la ficción, me deja preguntas,

me quita certezas y me recuerda que leer no es corregir una voz, sino aprender a escucharla.

EL AUTOCORRECTOR



El autocorrector tiene lo suyo, aunque a veces uno quisiera lanzarlo por la ventana.

Está ahí, siempre atento, siempre dispuesto a “ayudar”, corrigiendo lo que escribimos sin que nadie se lo pida. Nos salva de una falta de ortografía, de una tilde olvidada, de una letra que se escapó. Funciona

como ese amigo que te interrumpe para corregirte... incluso cuando no hace falta.

Y, claro, entre tanta buena intención, también se da el lujo de burlarse.

Hay días en que el teléfono parece conocernos demasiado, y justo por eso mete la pata con más estilo. Uno escribe “te extraño” y el autocorrector decide que no, que lo que querías decir era “te estreno”. El mensaje romántico se convierte en lanzamiento de producto. Intentas poner “ya llegué” y aparece “ya lloré”, y de pronto el aviso práctico se transforma en drama. Y cuando crees que ya nada puede sorprenderte, escribes “voy al trabajo” y el teléfono corrige sin piedad: “voy al fracaso”. Gracias por el apoyo emocional.

Ahí uno empieza a sospechar que el autocorrector no solo revisa la ortografía, sino también el estado de ánimo.

Tiene el entusiasmo de alguien que quiere ayudar, pero no sabe escuchar. Corrige lo que no hacía falta, subraya lo obvio y se atreve a mejorar incluso lo que escribimos con cuidado. Escribes “hola” y él propone “holaaaa”, como si supiera más de entusiasmo que tú. Pones “gracias” y decide agregar “igualmente”, convencido de que la cortesía puede automatizarse. Intentas escribir “ya, está bien” y el autocorrector lo transforma en “ya estás bien”, diagnosticándote sin consulta y sin título profesional.

Tiene una obsesión clara: arreglarlo todo. Las palabras, las emociones, la intención. Y así, entre sugerencias insistentes y correcciones creativas, uno empieza a preguntarse quién escribe realmente los mensajes: si la persona o la máquina que cree conocernos mejor que nosotros mismos.

A veces pienso que el autocorrector es el espejo más fiel de esta época. No tolera la imperfección. Si escribes “no sé qué decir”, te propone “no sé qué decidir”, porque dudar le parece un error grave. Si pones “te

quiero”, lo cambia por “te quemo” y deja claro que no cree en los amores tranquilos. Y si escribes “lo intentaré”, lo convierte en “lo lograré”, convencido de que la motivación también se puede programar.

Pero hay algo que el autocorrector no logra corregir. No puede con lo más humano: la torpeza, la vacilación, la emoción que se sale del renglón. Ahí, entre errores, palabras mal escritas y mensajes enviados demasiado rápido, sigue respirando nuestra voz verdadera. Esa que no siempre dice lo correcto, pero dice lo que siente... incluso cuando el autocorrector intenta sabotearla.

DEJAR REPOSAR UN ESCRITO



Dejar reposar un escrito no es darle descanso al texto, sino dármelo a mí. El texto se queda donde está, respirando solo, mientras yo me aparto un poco para recuperar la mirada. No es la palabra la que se cansa, son mis ojos de haberla mirado demasiado cerca. Como el café que se deja enfriar antes del primer sorbo, el texto no pierde fuerza en

la espera; lo que se retira es la prisa. Y pasa algo parecido con la luz de la tarde: todo parece igual, pero soy yo la que empieza a ver de otra manera.

Con esa distancia aparece algo que antes no estaba tan claro: la escucha. Dejar reposar un texto es, para mí, aprender a oírlo sin apurarlo. Me doy cuenta cuando regreso y puedo soltar una frase que antes defendía, o cuando una explicación que creía necesaria deja de serlo. Es como en una conversación de verdad: cuando hablo menos, lo importante encuentra su espacio. Ahí entiendo que el texto no pide más palabras, sino menos intervención.

Ese gesto de escucha también implica soltar. Para mí, dejar reposar un texto es dejarlo libre y esa libertad la consigo cuando cambio de proyecto. Al pasar a otro libro, a otra voz, el texto anterior deja de estar bajo mi vigilancia constante. Mientras escribo un cuento, una leyenda o una reflexión distinta, ese primer escrito se mueve en silencio, sin que yo lo empuje. Es como en la música, cuando se cambia de ritmo sin perder la melodía. Al regresar, una parte se ha acomodado sola. No porque yo lo haya dirigido, sino porque lo dejé ir.

EL LENGUAJE ENTRE LA SIMPLEZA Y LA CREATIVIDAD



Seamos honestos: el idioma ya no camina, corre. Y a veces corre tanto que se le caen letras por el camino. La tecnología y las redes sociales le pusieron zapatillas al lenguaje y desde entonces vivimos apurados, escribiendo como si cada segundo ahorrado fuera una hazaña. A todos nos pasó. A niños, jóvenes y adultos. Nadie salió ileso.

Los niños entran a este lenguaje exprés desde temprano. Apenas aprenden a escribir, ya están abreviando, recortando, apurando palabras como si el tiempo se les fuera a acabar. Los jóvenes, por supuesto, llevan esto a otro nivel: hacen del ahorro de letras un deporte extremo. Para ellos, escribir rápido no es solo práctico, es casi una filosofía de vida. Y los adultos... bueno, los adultos hacemos lo que podemos. No siempre con gracia, pero con una clara intención: no quedarnos fuera de la conversación.

Así, frases completas y bien criadas se transforman en versiones compactas. “Porque” se vuelve “xq”, “te quiero mucho” pasa a “TQM”, “estoy bien” se reduce a “toy bn” y “bueno” queda en un simple “bno”, como si también estuviera cansado. “Nos vemos” se convierte en “nos vms”, porque aparentemente despedirse largo ya no está de moda. Este idioma comprimido no discrimina edades: lo usan niños, jóvenes y adultos, todos atrapados en la urgencia digital.

Claro que, en medio de tanta velocidad, algo se pierde. Las palabras, cuando se acortan demasiado, también pierden matices. Ya no suenan igual, no abrigan igual. El idioma no solo sirve para avisar cosas, también sirve para decir cómo las sentimos. Cuando lo reducimos a lo mínimo indispensable, nos volvemos eficientes, sí... pero también un poco más planos, más mecánicos, menos humanos.

A esto se suma la invasión amable —pero persistente— del inglés. “Like”, “post”, “meeting”, “inbox”, “feed”. Palabras que entraron sin tocar la puerta y ahora se pasean cómodas por nuestras conversaciones. Antes algo “se regaba como pólvora”; ahora simplemente “se hace viral”. Y nadie se sorprende. Los jóvenes, sobre todo, adoptan estos términos con naturalidad, como si siempre hubieran estado ahí.

Decir “le doy like” ya no suena raro, aunque “me gusta” tuviera más calorcito. El lenguaje se vuelve práctico, rápido, global... pero a veces pierde ese sabor local que lo hacía único. Sin embargo —y aquí viene

el giro— no todo es pérdida. Porque mientras unas palabras se achican, otras nacen.

Los jóvenes no solo recortan: también inventan. “Hacer vaca”, “estar chiro”, “estar pilas”, “darse el chance”, “vacilar”, “estar prendido”. Palabras que no siempre aparecen en los diccionarios, pero viven felices en la calle, en los chats y en las risas. Son expresiones que cuentan su mundo, su forma de ver y habitar la realidad. El idioma, lejos de morir, se las ingenia para renovarse.

Los adultos, en cambio, somos más cautelosos. Aprendemos “streaming”, “online”, “hashtag” y los usamos tal como vienen, sin mucha intervención creativa. No los reinventamos: los adoptamos por supervivencia. Nuestro objetivo es claro: entendernos y que nos entiendan, aunque a veces pronunciemos “hashtag” como si fuera una palabra extranjera recién aprendida.

Al final, el idioma hace lo que siempre ha hecho: cambiar. En los jóvenes se debilitan algunas formas, sí, pero también aparece una creatividad vibrante. En los adultos, el cambio es más funcional que innovador. Y en todos queda claro que el lenguaje no es una pieza de museo, sino un organismo vivo, inquieto, adaptable.

Eso sí, en medio de este torbellino lingüístico, los profesores tenemos un desafío enorme. Nos toca invitar a los jóvenes a expandir el idioma, no solo a comprimirlo. A descubrir que las palabras no estorban, que decir bien no es decir lento, y que escribir con cuidado también puede ser una forma de libertad. Promover la lectura, el gusto por escribir, el placer de encontrar la palabra justa. No para pelear con el cambio, sino para que, entre tanta abreviatura, el idioma no pierda su alma.

EL LENGUAJE DE LOS OBJETOS



Este texto nació una mañana cualquiera, cuando mi esposo me preguntó por su taza del desayuno. Su taza. Esa que no es cualquier taza, sino esa. La buscamos con calma al inicio, luego con sospecha, y finalmente con una dedicación que ya rozaba lo absurdo. Revisamos estantes, lavaplatos, mesa. Nada. Esa búsqueda doméstica, aparentemente insignificante, terminó llevándome a una pregunta menos práctica y bastante más inquietante: ¿qué hacen con nosotros los objetos cuando no los estamos mirando?

En la casa, las cosas no son neutras. Cada una termina tomando partido. La taza se queda con las mañanas; el libro subrayado delata nuestras manías lectoras; la lámpara encendida fuera de hora deja constancia de noches largas sin pedir explicaciones. Los objetos no tienen memoria, pero tampoco son ingenuos: se impregnan de lo que pasa a su alrededor, guardan rutinas, acumulan pequeñas pruebas. Sin decir una palabra, van contando cómo vivimos... y a veces lo hacen con más precisión que nosotros.

Algunos objetos llegan con pasado, como si no vinieran solos. Un rosario heredado, una medalla, una libreta escrita con una letra que ya no se ve ni en los colegios. Al tocarlos, la memoria se vuelve tangible. Nos recuerdan que no empezamos de cero, que somos continuación. Son puentes discretos entre generaciones y, en ocasiones, saben más de la familia que cualquier álbum de fotos.

Otros están cerca y cumplen sin hacer ruido. Una carta escrita a mano, una piedra traída de un viaje, un mantel con una mancha que nadie se atreve a quitar porque ya es parte de la historia familiar. En ellos conviven la alegría y la pérdida, lo que fue y lo que quedó pendiente. Hablan con los sentidos: el tacto reconoce lo que el tiempo suavizó; el olfato despierta aromas guardados; la vista se detiene en lo que no queremos tirar; el oído identifica el sonido exacto de una puerta que marca la rutina; y el gusto, en una taza, devuelve el sabor de una mañana compartida.

También están los objetos que no ocupan espacio físico, pero igual se las arreglan para quedarse. En el computador y el teléfono vive otra forma de memoria: correos que no se borran, carpetas con fotos de personas que ya no están, documentos sin título con ideas que nunca avanzaron. Incluso lo que queda en las redes —mensajes antiguos, publicaciones que no eliminamos, fotos que siguen ahí— forma parte

de ese archivo emocional. No pesan ni huelen, pero se resisten a desaparecer con una terquedad admirable.

Tal vez el gesto no sea conservarlo todo, sino aprender a prestar atención. Escuchar.

Porque los objetos no solo acompañan: participan. Registran la vida mientras ocurre y la siguen guardando cuando ya no miramos.

La taza apareció.

Estaba donde siempre.

EL SÍMIL



El símil es una forma de cuidado.

En lugar de afirmar, rodea. En lugar de fijar, compara. Dice "**como**" y se aparta un poco: deja espacio, permite que la imagen respire y que quien lee complete el trayecto. No es lo mismo decir "*estoy cansada*" que decir "*estoy como una silla después de una visita larga*". En el primer caso, la palabra se cierra; en el segundo, queda abierta a la experiencia. El símil

no clausura el significado: lo mantiene en movimiento, como una luz que cambia según desde dónde se la mire.

Ese modo de decir —sin apurar, sin imponer— es el que le da al lenguaje otra cadencia. Por eso el símil entra a la frase como un hombre elegante que camina con bastón. No porque lo necesite del todo, sino porque ese apoyo le da ritmo, pausa, una manera más cuidadosa de avanzar.

Así lo usamos cuando la realidad no alcanza a explicarse con una sola palabra. Cuando algo se parece a otra cosa, pero no del todo. En ese instante, el lenguaje duda, se detiene un poco, busca sostén. Entonces aparece el “**como**”.

Decimos:

*me siento como si me hubiera pasado un camión encima,
tengo la cabeza como una habitación después de una mudanza,
ando como quien entra a la cocina y ya no recuerda a qué vino.*

No porque eso haya ocurrido, sino porque el cuerpo necesita imágenes para decir lo que no encuentra otra forma de nombrar. El símil no exagera: acompaña. Incluso, a veces, nos permite sonreír mientras decimos lo que pesa.

Esa misma lógica atraviesa la vida cotidiana cuando hablamos de nosotros mismos. El símil tiene que ver con la identidad. Nos sirve para decir quiénes somos sin afirmarlo del todo, como quien se presenta con cierta prudencia.

Decimos:

*soy como mi padre en el carácter,
soy como un libro abierto,
soy como el mar cuando se inquieta,
soy como una casa con las luces encendidas aunque no haya nadie.*

No son definiciones cerradas. Son aproximaciones. El símil avanza ahí, otra vez, como ese hombre elegante que camina con bastón: no irrumpe, no se impone, no corre. Nos ayuda a reconocernos sin fijarnos, a decirnos sin quedarnos atrapados en una sola forma.

En el símil, el lenguaje tiende un puente entre lo conocido y aquello que todavía no sabemos nombrar. Cuando una experiencia es nueva, confusa o demasiado honda, buscamos algo cercano para poder cruzarla.

Decimos:

es como volver a un lugar que ya no existe,

es como hablarse en voz baja,

es como sostener algo frágil sin saber bien qué es.

El símil no explica la experiencia: la vuelve transitable.

Ese puente se construye con lo que ya habitamos. Lo desconocido se apoya en lo conocido para no caer. Por eso decimos:

el silencio pesa como una mochila llena,

la espera es como una puerta entreabierta,

la alegría llega como una visita que no estaba anunciada.

No sabemos nombrar del todo lo que sentimos, pero sabemos a qué se parece.

En suma, aunque la literatura lo nombre y lo piense, el símil se mueve con naturalidad en la vida cotidiana. Aparece en la conversación, en las frases dichas al pasar, en la necesidad diaria de decirnos sin encerrarnos. No pertenece solo al libro: camina entre nosotros, con paso discreto y bastón en mano, acompañando la forma en que buscamos entendernos.

EL SILENCIO



El silencio no es solo la falta de ruido. A veces es lo que queda cuando ya no hace falta decir nada. Se instala entre las personas, se queda ahí, y dice cosas que las palabras no alcanzan.

Hay silencios que nacen de la comprensión. Momentos en los que el otro está tan presente que hablar sería casi una interrupción. No porque no haya nada que decir, sino porque todo ya está dicho de otra forma.

Una mirada, un gesto mínimo, el simple hecho de compartir el espacio. En ese silencio uno se siente acompañado sin explicaciones.

Ese silencio se parece a una montaña. Está ahí, firme, sin moverse, sin exigir atención. No necesita intervenir para hacerse sentir. Guarda historia, sostiene el paisaje, observa. Así es el silencio que acompaña: no corrige, no empuja, no explica. Solo está, y eso alcanza.

También hay silencios que consuelan. Aparecen en la tristeza, en la pérdida, cuando las palabras suenan torpes o vacías. En esos momentos, compartir el silencio es una forma de cuidado. No hay frases que arreglen nada, pero sí hay presencia. El silencio se vuelve un refugio donde uno puede quedarse un rato, sin prisa, sin respuestas.

Ese silencio se parece a un lago quieto. No pide nada. Refleja lo que se acerca a él. Uno se sienta, mira, respira, y algo adentro empieza a acomodarse. No porque el dolor desaparezca, sino porque encuentra un lugar donde quedarse sin hacer ruido.

Pero no todos los silencios son así. Hay silencios tensos, cargados de palabras que no se dijeron. Se sienten en el cuerpo. En el aire. Parecen calma, pero no lo son. Guardan algo que tarde o temprano busca salir. Como el agua antes de moverse, como una quietud que no es descanso.

Y hay silencios más difíciles todavía: los del miedo. Cuando callar no es elección, sino protección. Ese silencio pesa. Aprieta. No da refugio, da inmovilidad. No permite pensar con claridad ni avanzar. Es un silencio que oscurece.

También existe el silencio elegido. El que se guarda para decir que no. No grita, no discute, pero se mantiene firme. Es una forma de resistencia que no necesita explicarse. Un silencio que sostiene una decisión.

Y está, por último, el silencio que crea. El que se busca para escribir, para pensar, para escuchar lo que todavía no tiene forma. No es vacío.

Es espacio. Ahí nacen ideas, se ordenan emociones, aparecen palabras que antes no estaban.

Con el tiempo, uno entiende que el silencio no es una sola cosa. Puede cuidar o incomodar, sostener o paralizar. Puede ser refugio o advertencia. No es ausencia: es otro lenguaje. Uno más lento, más hondo. Y aprender a escucharlo —de verdad— es también una forma de aprender a escucharnos.

PALABRAS SIN REFUGIO



A veces las palabras se gastan de tanto usarlas. Las repetimos como quien se pone una prenda vieja que ya no abriga. Decimos “estoy bien” cuando no lo estamos; “mañana hablamos”, aun sabiendo que no habrá mañana; “tranquilo”, mientras algo por dentro sigue temblando. Soltamos un “no pasa nada” cuando sí pasa, o un “cuídate” que suena

más a despedida que a cuidado real. En la rutina, usamos frases que se vacían por costumbre, como llaves que ya no abren ninguna puerta. Y cuando el lenguaje se vuelve automático, también lo hace la forma en que sentimos.

A ese desgaste se suman silencios que no son distancia, sino pausa. Silencios que sirven para no decir lo mismo de siempre, para no herir, para no romper algo que todavía se sostiene. A veces una conversación se suspende porque ambos saben que seguir hablando no ayudaría. Otras, respiramos antes de decir “lo entiendo”, intentando que esa frase vuelva a tener sentido. No siempre callamos para evitar: a veces callamos para escuchar lo que aún no sabemos nombrar.

Pero también existen silencios cansados. Silencios de espera larga. De esos que ya no aguardan respuesta porque intuyen que, si llega, vendrá disfrazada de “no es buen momento”, “he estado ocupado” o “no te lo tomes a mal”. Son frases que suenan llenas, pero no sostienen nada. Entonces elegimos callar. Porque, a veces, un silencio honesto es más fiel que un lenguaje que se acomoda para no doler.

Ese desgaste también entra en la familia. Un “haz lo que quieras” puede cerrar más puertas que un grito. Un “como tú digas” puede ser un muro. Y un “después hablamos” puede volverse un nunca. En casa, no hace falta alzar la voz para herir: basta con que las palabras lleguen vacías.

El amor cotidiano tampoco se salva. Un “te amo” dicho por inercia pierde brillo. Un “lo siento” sin actos se marchita rápido. Y un “estoy aquí”, dicho desde lejos —cuando el cuerpo no acompaña— se vuelve apenas una sombra. Los vínculos se resienten cuando lo que decimos deja de coincidir con lo que habitamos, cuando repetimos palabras sin presencia, como ritos que ya no convocan nada.

También hay palabras que se apagan cuando chocan con el desinterés. Alguien responde con monosílabos, con frialdad, con ese tono seco que

enfriía incluso lo que aún quería decirse. Y quien habla empieza a replegarse. Ofrece menos, pregunta menos, guarda lo que iba a compartir porque siente que caerá en un lugar donde nada prende. Un “me gustaría contarte algo” recibe un “ok”; un “te escribo porque te pensé” se pierde en un “visto”. Cuando no hay escucha, el lenguaje no se sostiene: se quiebra y termina por callar.

En la educación, el desgaste toma otra forma. Palabras que deberían abrir mundos se convierten en trámite. Un “participen” sin mirada, un “estudien más” sin acompañamiento, un “muy bien” que suena igual para todos. Una palabra puede ser semilla o formulario: todo depende de cómo se diga.

En la salud, el lenguaje debería sostener el miedo, pero a veces solo lo empuja a otro lado. En una sala de espera, “ya mismo lo atendemos” puede significar horas; “no es grave” no siempre alivia; “tranquilícese” suele lograr lo contrario. Las palabras pierden cuerpo cuando se dicen sin cuidado.

En los rituales sociales, las frases viajan sin destino. “Feliz cumpleaños”, “bendiciones”, “feliz año”. Mensajes enviados sin detenerse, sin mirar, sin presencia. Lo que alguna vez fue abrazo, hoy muchas veces es costumbre.

Y la tecnología acelera todavía más ese desgaste. “Tu llamada es muy importante para nosotros”. “Agradecemos su preferencia”. “Estamos procesando su solicitud”. Incluso nuestros propios mensajes se reducen a emojis o frases sugeridas por una inteligencia que no nos conoce. Las palabras se vacían porque ya no nacen de nosotros.

También el lenguaje público se resiente. Las palabras se erosionan en discursos que repiten promesas gastadas, compromisos que no llegan, diagnósticos que cambian cada día. En la política, un “mañana” suele

significar “nunca”, y un “estamos juntos” puede ocultar que no hay nadie. Las palabras se vuelven escenario más que verdad.

Y cuando todo se repite demasiado, incluso lo urgente pierde fuerza. “Emergencia”, “crisis”, “alerta”. Se dicen tantas veces que ya no estremecen. Un “última hora” convive con recetas, memes y promociones. Todo suena fuerte y vacío a la vez.

Quizá, entonces, el problema no sea cuántas palabras usamos, sino cuántas sabemos sostener. Tal vez no haga falta inventar vocablos nuevos, sino devolverle abrigo a los que ya tenemos. Porque una palabra viva ilumina poco, pero ilumina de verdad. Y solo necesita algo simple: alguien dispuesto a recibirla.

LOS SIGNOS Y SU LENTA PARTIDA



Hubo una época en que el punto y coma no incomodaba a nadie.

Estaba ahí para lo que estaba: frenar un poco sin cortar del todo.

No era un capricho ni una rareza de profesores exigentes. Servía para pensar un segundo más antes de seguir. Era esa pausa incómoda pero necesaria, como cuando alguien dice “espera” con la mano en alto. Ni punto final ni coma apurada. Algo en el medio. Algo sensato.

Tenía vocación de puente, de equilibrio. Hoy, en cambio, muchos lo miran con sospecha, como a un mueble heredado que nadie sabe dónde poner, pero tampoco se atreve a botar. Los teclados lo esconden, la prisa lo esquivo y más de uno escribe sin recordar muy bien para qué servía. Aun así, el punto y coma sigue ahí, discreto, recordando tiempos en los que las ideas no se lanzaban sin mirar si había red.

Los tres puntos, en cambio, nunca fueron discretos. Siempre tuvieron algo de drama. No dicen nada y lo dicen todo. No cierran frases: las dejan colgando. Son la versión escrita de quedarse pensando, de no animarse del todo, de dejar la puerta entreabierta. Antes servían para la nostalgia, la ironía, la despedida larga. Hoy se usan para todo: duda, pereza, amenaza pasivo-agresiva o simple olvido. Pero quien los conoce bien sabe que en esos tres pasos cabe un mundo entero. Son el “mejor no sigo” del lenguaje.

Y está la raya —esa línea larga que no es guion—, que entraba con personalidad. Interrumpía sin pedir permiso, pero con estilo. Permitía meter una idea de costado, confesar algo al pasar, cambiar el rumbo de la frase sin culpa. Tenía ritmo, tenía carácter. Hoy casi no se la ve. La reemplazaron signos más tímidos, más obedientes. Y es una pena, porque la raya no era un error: era una decisión.

Los dos puntos siempre fueron más educados. Avisaban que algo venía. No gritaban, no imponían. Preparaban el terreno. Antes de una lista, una cita o una revelación, ahí estaban, firmes y sobrios. Hoy, en tiempos de mensajes rápidos, casi nadie espera lo que sigue después. Pero los dos puntos persisten, pacientes, como diciendo sin decir: detente un segundo, esto importa.

Los signos también se cansan. No desaparecen de golpe; se van apagando. No mueren por errores visibles, sino por exceso de prisa. Se pierden en los dedos que ya no los buscan, en frases que prefieren ir directo al grano, aunque el grano salga mal masticado.

Y, sin embargo, dejan huellas. Hay oraciones que cojean sin un punto y coma. Hay silencios que solo los tres puntos saben sostener sin arruinarlos. Hay pensamientos que piden una raya para entrar con dignidad. Y hay verdades que, sin dos puntos, nunca terminan de anunciarse.

Tal vez no sea nostalgia lo que sentimos, sino agradecimiento. Porque estos signos no eran solo normas: eran gestos. Maneras de respirar dentro de una frase. Pequeños acuerdos con el lenguaje para no atropellarlo. Recordarlos no es ponerse exigente, es ponerse cariñoso. Es escribir con un poco más de pausa y menos apuro. Porque, al final, respetar un signo también es respetar lo que queremos decir... incluso cuando no sabemos muy bien cómo decirlo.

TERRITORIO Y MITO



Cuando las palabras ya no alcanzan,
el territorio comienza a hablar.

ANTES DEL TERRITORIO



El silencio no llega cuando todo se ha dicho.

Llega cuando decir más
podría herir.

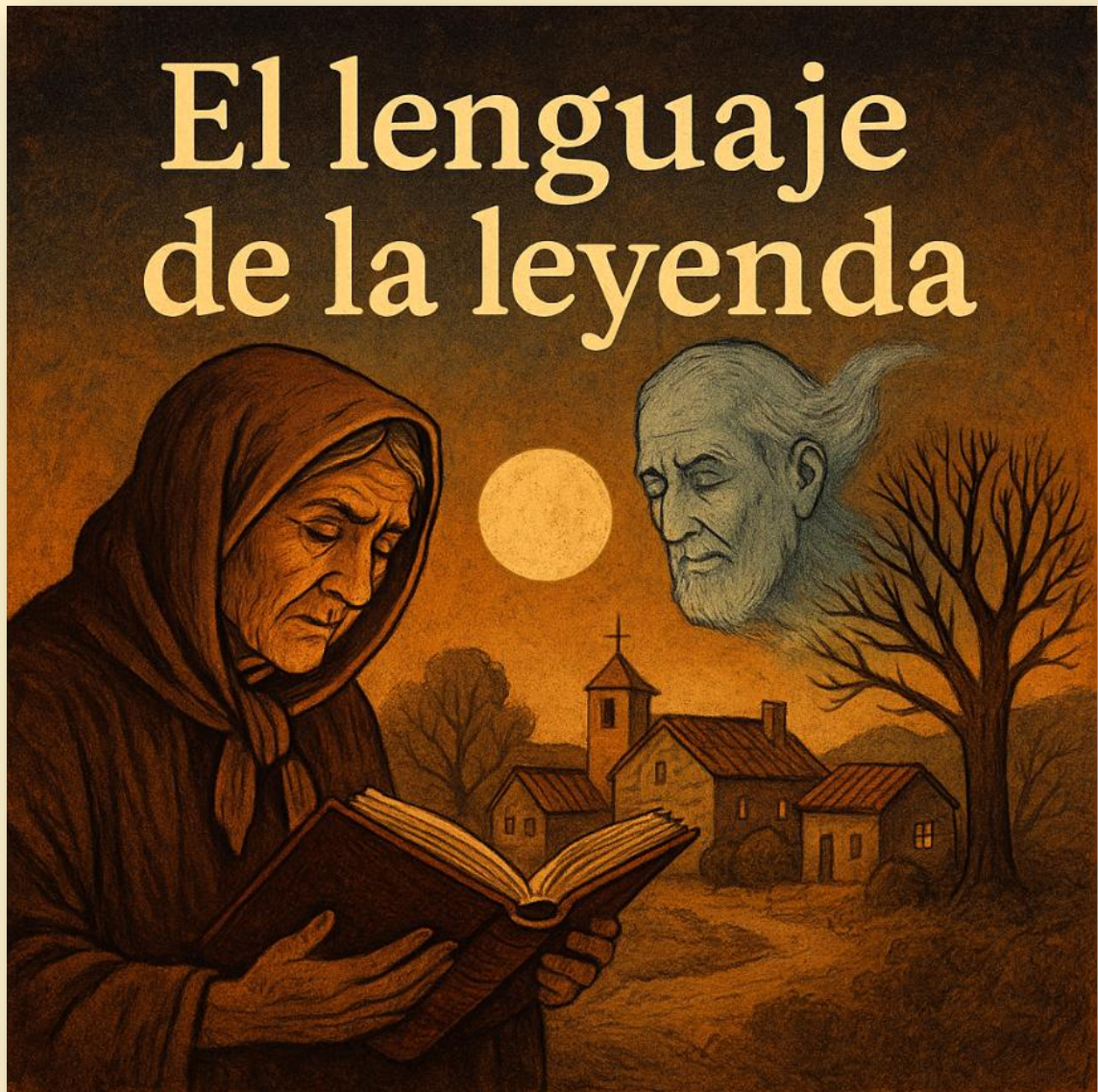
Cuando el lenguaje se cansa
de señalar
y aprende a quedarse quieto.

No es vacío.
Es cuidado.

En ese espacio donde la voz se detiene,
algo más antiguo empieza a hablar:
la tierra, los gestos mínimos,
los nombres que no buscan imponerse.

El yo se recoge.
La ciudad se tensa.
El territorio escucha.

Ahí, cuando las palabras se agotan
y el enfrentamiento aún duele,
comienza el mito:
no como relato,
sino como intento de permanecer.



Las leyendas no hablan cualquier idioma.

Tienen el suyo propio: viejo, terco, lleno de ecos. Un idioma que no se aprende en la escuela ni aparece en los diccionarios, sino que se pega al oído cuando alguien baja la voz y dice: *“esto no lo repitas muy fuerte”*.

No cualquier palabra sirve. Hay palabras que despiertan lo que estaba dormido, que remueven recuerdos que no sabíamos que eran nuestros

y que hacen vibrar algo ahí dentro, justo donde la razón no manda. Ese es el lenguaje de la leyenda: pocas palabras, bien escogidas, capaces de convocar lo que no está escrito, pero vive en la memoria del pueblo.

Por eso, si una leyenda quiere nacer como Dios manda, hay palabras que no pueden faltar. No muchas. Las justas. Las que abren la puerta... y luego la dejan entreabierta.

Toda leyenda tiene su propio idioma. Un idioma antiguo, hecho de ecos, susurros y silencios que pesan. No se construye con cualquier palabra, porque hay términos que abren caminos hacia lo no dicho, despiertan memorias enterradas y hacen vibrar lo que duerme bajo la superficie.

Ese es el lenguaje de la leyenda: una selección de palabras esenciales, capaces de invocar lo que no está en los libros pero vive en la voz del pueblo.

A continuación, comparto las palabras que no deben faltar en una leyenda:

PRIMERA PALABRA

Hace siglos. En tiempos antiguos. En tiempos remotos.

Ninguna leyenda empieza un lunes a las ocho de la mañana, con tráfico, bocinas y olor a café apurado. Eso está claro.

Las leyendas arrancan cuando el tiempo todavía no tenía agenda.

Empiezan con un solemne hace siglos, o con ese en tiempos antiguos que viene arrastrando generaciones enteras. Son palabras con polvo encima, con arrugas respetables, con silencios incluidos. No son decoración: son contraseña.

Si se dicen sin cuidado, la leyenda se ofende. Se cruza de brazos y no sale. Porque las leyendas —como la gente mayor— no se prestan a cualquiera.

Mi tía Beatriz lo decía mientras amasaba el pan, sin mirarte siquiera:

—Yo no me invento nada, mijita. Eso pasó hace siglos... cuando los animales veían cosas que uno ya no ve.

Y una asentía rápido, no por respeto, sino por si acaso.

SEGUNDA PALABRA

El Pueblo



Las leyendas no crecen en cualquier parte. Necesitan pueblo.

Pueblo de esos donde el polvo nunca se va del todo y las casas crujen como si recordaran demasiado.

En el pueblo, el tiempo no corre: se queda dando vueltas. Las rutinas no borran, graban. Y lo que se repite, aunque nadie lo haya visto, termina siendo verdad.

Allí todo mira. Las calles, las esquinas, los ríos, las iglesias, los terrenos baldíos. Nada es fondo: todo actúa. Una esquina no es solo una esquina; es donde *algo* pasó. Y si no sabes qué, mejor no preguntes.

El pueblo no es espectador: es cómplice. A veces guarda el misterio; otras lo protege. Lo raro no se investiga, se incorpora. Se aprende a no pasar por ciertas calles al anochecer, sin necesidad de explicaciones.

Mi madre, caminando por Otavalo, señalaba el mercado 24 de Mayo y decía, como quien comenta el clima:

—Antes eso era un cementerio. Por eso dicen que de noche se ve gente que no compra nada.

Y una bajaba la mirada y aceleraba el paso. Por si acaso.

TERCERA PALABRA

El espectro



Una leyenda sin personaje es solo paisaje.

Siempre hay alguien —o algo— que la despierta.

No necesita nombre propio. Basta una silueta, una risa fuera de lugar, un olor inexplicable, un crujido cuando todo está quieto. Puede ser el

diablo, la viuda, la bruja, el duende... o esa mujer de blanco que nadie ha visto bien, pero todos reconocen.

El espectro no aparece cuando uno quiere. Aparece cuando debe. Y aunque no haga nada, incomoda. Enseña. Advierte. Remueve.

Puede modernizarse: usar celular, viajar en moto, tener redes sociales. Da igual. La esencia no cambia. Sigue siendo esa presencia que hace bajar la voz y cerrar bien la puerta antes de dormir.

Mi abuelita decía, cuando alguien dudaba:

—No importa si tú no lo viste. Él sí te vio a ti.

Y nadie se reía después de eso.

CUARTA PALABRA

El silencio



En una leyenda, no todo se dice. Y está bien así.

El silencio no es vacío: es cuidado. Aparece justo cuando la historia se acerca a lo que no conviene tocar demasiado. Es la pausa que completa lo que las palabras no alcanzan.

Las leyendas se cuentan bajito, como si el viento también estuviera escuchando. Y cuando llegan al punto más oscuro, el silencio toma la palabra.

Mi madre lo sabía. Justo cuando uno quería saber más, decía:
—Hasta ahí nomás.

Y entendíamos todo.

QUINTA PALABRA

La enseñanza



En una leyenda, no todo se dice. Y está bien así.

El silencio no es vacío: es cuidado. Aparece justo cuando la historia se acerca a lo que no conviene tocar demasiado. Es la pausa que completa lo que las palabras no alcanzan.

Las leyendas se cuentan bajito, como si el viento también estuviera escuchando. Y cuando llegan al punto más oscuro, el silencio toma la palabra.

Mi madre lo sabía. Justo cuando uno quería saber más, decía:
—Hasta ahí nomás.

Y entendíamos todo.

EL NOMBRE DE OTAVALO

En honor a la ciudad



Otavalo no fue nombrada de golpe: fue despertando.

Antes del decreto, ya tejía, ya cantaba, ya soñaba.

Cuando Bolívar firmó su nombre en 1829, no la inventó: la reconoció.

Desde entonces, Otavalo vive entre la historia y el sueño, creando, recordando, naciendo otra vez cada día.

Otavalo no abre los ojos como quien despierta tarde.

Abre los ojos como quien recuerda quién es.

Y eso —como las buenas leyendas— no se olvida.

OTAVALO ABRE LOS OJOS



Suspendida en la altura,
como si el monte la meciera
para que no olvide quién es.

Las nubes llegan sin prisa
y la cubren
como a una hija dormida.
No dicen nada.
El silencio es su manera de hablar.

Todo guarda quietud:
tejas antiguas,
plazas,
parques que conocen pasos y regresos.
El tiempo también espera.

Desde el lago San Pablo
se levanta una brisa antigua.
No empuja.
Reconoce.

La luz avanza despacio,
se posa en los tejados
como si los recordara
desde siempre.

Y entonces está el Taita Imbabura.
No llega.
Siempre estuvo.
Su presencia basta.
Su silencio cuida.

Con manos antiguas
viste a Otavalo para el día:
le recuerda la raíz,
la fuerza de la tierra,
el fuego que no se olvida.

Otavalo se levanta.

No despierta.

Recuerda.

Camina envuelta

en palabras vivas,

con la memoria del telar,

el canto del surco,

las manos que supieron esperar.

En lo más hondo

brota la raíz.

No se ve.

Pero sostiene.

Porque Otavalo

no nace cada mañana:

se levanta

desde la tierra

que la nombra

y no la suelta.

EL MERCADO QUE PERMANECE



No hablaré del Otavalo que hoy aparece en los titulares, ese que carga con la inseguridad, los vaivenes políticos o las crisis económicas. Hablaré del otro. Del que vive en mí. Del Otavalo que no se gasta con los años ni se quiebra con las circunstancias. El que permanece intacto en la memoria y en el corazón de quienes lo seguimos llamando hogar. Hablaré del antiguo Mercado 24 de Mayo, que durante más de cuarenta años latió en pleno Barrio Central. Un mercado que ya no existe como espacio físico, pero que sigue vivo en mis recuerdos: en su bullicio, en

los colores que parecían flotar en el aire, en las familias que trabajaban dentro y alrededor de él, haciendo de ese lugar el verdadero pulso de la ciudad.

En el mercado y en sus alrededores no vivíamos aislados. Éramos varias familias, y con los años uno entiende que los nombres también guardan memoria. Allí estaban las familias Chiliquinga, Meza, Kraljevick, Pinto, Cisneros, Rueda, Gines, Nicolalde, Moreano, Villa, Pineda, entre otras. No eran solo apellidos: eran rostros conocidos, puertas abiertas, voces que se llamaban de un puesto a otro. Compartíamos el mismo espacio, los mismos amaneceres fríos y las mismas tardes largas. Sin saberlo, íbamos creciendo dentro de una vida en común que nos unía de maneras silenciosas.

En los años sesenta y setenta, el mercado era mucho más que un sitio de comercio. Era una plaza viva, como una gran mesa común y, al mismo tiempo, como un cruce de caminos. Bajo carpas improvisadas, los vendedores recibían a quienes llegaban desde las comunidades rurales en busca de lo necesario para la semana. Allí, indígenas y mestizos compartían el mismo escenario sin solemnidades, intercambiando productos, palabras y miradas. Ese colorido que hoy se mira como atractivo turístico era entonces parte natural de la vida diaria: tan cotidiano que nadie lo nombraba, pero tan profundo que terminó marcando a toda una ciudad.

Recuerdo los sábados de 1975 con una claridad que todavía me acompaña. Antes de las cinco de la mañana, cuando la ciudad seguía dormida, los comerciantes llegaban cargados de productos y de historias. El mercado despertaba rápido, como alguien acostumbrado a levantarse antes que el resto, como si nunca se hubiera ido a dormir del todo. A las cinco en punto, la música de los kioscos se mezclaba con el viento andino, como un llamado que todos entendíamos, anunciando que el día comenzaba.

Cada sección del mercado era como un pequeño mapa de la vida diaria. Las telas colgaban mostrando colores que parecían hablar, hilos donde se adivinaban historias. Las frutas y verduras se mezclaban en formas y tonos recién salidos de la tierra. La carne y el pescado estaban ahí, directos, sin rodeos, recordando lo frágil y lo necesario. Las patatas y los granos, sencillos y ordenados, parecían decir lo mismo de siempre: que con poco también se sostiene la vida. No se vendían solo cosas. En cada rincón había una familia, un oficio aprendido con los años, una manera honesta de ganarse el día.

A las nueve de la mañana empezaban a llegar los vendedores ambulantes. No entraban todos juntos; iban apareciendo, como si el mercado mismo los fuera llamando. Se abrían paso entre la gente con la voz suelta y la mirada atenta, ofreciendo cosas raras y otras de todos los días, cosas que cambiaban de mano casi sin notarse. Una se encontraba con objetos que no sabía que existían y con otros que no sabía que iba a necesitar. Cada vendedor dejaba algo en el aire: una historia corta, una manera de decir, una exageración dicha con convicción.

Entre ellos estaban también quienes llevaban cajas de madera con uno o dos lentes. Por unas monedas, invitaban a mirar. Uno acercaba el ojo al vidrio, giraba un disco y, de pronto, aparecían paisajes lejanos, animales que nunca habíamos visto, escenas de otros lugares del mundo. Eran imágenes pequeñas, quietas, pero abrían un espacio enorme. En medio del bullicio, alguien se detenía a mirar otro mundo. El mercado no solo vendía objetos: ofrecía miradas.

Alguna vez escuché decir al profesor otavaleño Gonzalo Nicolalde que quizá fue en un Otavalo así —lleno de gente vendiendo cosas extrañas y contando historias mientras vendía— donde Gabriel García Márquez pudo haber encontrado la chispa de Macondo. No resulta extraño. En el mercado convivían, sin conflicto, lo real y lo imaginado. Estaba el lorito

de la suerte, aves amaestradas que, a cambio de una moneda, sacaban con el pico un pequeño sobre de una caja de madera y dejaban al transeúnte una predicción sobre lo que vendría. Estaban también las infusiones de hierbas para el susto, el mal aire o el dolor que no tenía nombre; los atados de plantas secas, las botellas con líquidos oscuros y los frascos sin etiqueta que prometían alivio. Se ofrecían pomadas vendidas como medicina natural, capaces —según quien las explicaba— de curarlo todo. Y, entre ellas, la más recordada: la grasa de serpiente, custodiada por una culebra viva llamada Marta Julia, que parecía dar fe de la promesa. Allí, lo cotidiano se volvía extraordinario por la forma de decirlo, por la convicción con que se ofrecía, como si cada objeto y cada palabra llevaran dentro una historia dispuesta a ser creída.

Todo eso —los textiles, las artesanías, las comidas de siempre, las medicinas populares y los objetos curiosos— hacía del mercado algo más que un lugar de compra y venta. Era un espacio de intercambio profundo, donde se cruzaban saberes, creencias, afectos y símbolos. Allí convivían, sin separarse, lo útil y lo bello, lo necesario y lo extraño. Se iba a comprar, sí, pero también a curarse, a conversar, a escuchar, a creer.

Para las diez de la mañana, el mercado estaba completamente lleno. Todo se movía junto, como si la ciudad respirara al unísono. Las voces se cruzaban, las miradas se encontraban y se perdían, y el aire se sentía vivo. Nada ocurría por su cuenta. Era la vida de todos los días en su momento más alto: un caos que se entendía solo, el latido de la ciudad, donde lo soñado y lo vivido se acariciaban a cada paso.

También había puestos donde se alquilaban revistas. Unas cuantas sillas alineadas, una mesa baja y el tiempo detenido por unas monedas. Nos sentábamos a leer sin apuro, pasando las páginas con cuidado, como si ese rato también fuera un regalo. Circulaban *La Pequeña Lulú*, *Kaliman*, *Archie*, *El Llanero Solitario*, *La Mujer Maravilla*, *Susy*:

secretos del corazón, El Zorro y el Cuervo, Pluto, Pato Donald, Tribilín, Súper Ratón, El Conejo de la Suerte, Popeye, El Fantasma y Juan Sin Miedo. También aparecían Memín Pinguín, Batman, Superman, Mandrake y Condorito. Mientras afuera el mercado seguía su ritmo, nosotros viajábamos por otros mundos. Leíamos en silencio o comentábamos en voz baja, como si el papel también pidiera respeto. A veces levantábamos la mirada y el bullicio seguía ahí, intacto. El mercado no solo vendía cosas: nos prestaba historias para imaginar.

Desde las cinco de la tarde, el mercado empezaba a calmarse. El ruido iba bajando de a poco, como cuando una casa se queda en silencio después de una visita larga. La gente se iba y quedaban solo algunos puestos a medio recoger. Los comerciantes doblaban las carpas, guardaban lo que sobraba, contaban el día sin decirlo. El aire, que había estado lleno de voces y olores, se volvía más liviano. Las luces se apagaban una tras otra y el lugar quedaba quieto, distinto.

A las seis, cuando todo cerraba, el mercado parecía cansado. Horas antes había estado lleno de vida y ahora descansaba. El silencio ocupaba los pasillos, las calles cercanas, los espacios donde durante el día casi no se podía caminar. Quedaba un eco leve, como si algo todavía estuviera ahí. Y era entonces cuando el mercado dejaba de ser de los grandes y pasaba a ser nuestro.

Éramos los hijos de los vendedores, los niños que crecimos entre esos puestos. Salíamos a jugar sin miedo. La noche no asustaba. Jugábamos a las escondidas, a las cogidas, a la rayuela, a las canicas, a los trompos, a los tillos. A veces armábamos una cancha de fútbol en plena calle Modesto Jaramillo. El mercado vacío se llenaba otra vez, pero ahora de pasos rápidos, risas y carreras.

Después de la merienda llegaban las historias. Nuestros padres y abuelos nos hablaban de los personajes que rondaban la ciudad cuando

oscurecía: el fantasma de los Portales, el duende del Mercado 24 de Mayo, María Angula, la bruja del río El Tejar. Se los nombraba sin alzar la voz, con respeto. No eran cuentos lejanos: eran parte del lugar. El mercado, que durante el día vendía cosas, por la noche se volvía un sitio de historias.

Jugábamos hasta tarde, hasta que nuestras madres nos llamaban. Entonces regresábamos a casa con el cuerpo cansado y la cabeza llena. Sin saberlo, estábamos guardando todo eso para siempre.

Hoy el mercado ya no está, pero tampoco se ha ido. Vive en la memoria de quienes lo caminamos, en las historias que todavía se cuentan, en ese Otavalo que no aparece en los titulares, pero que sigue respirando en nosotros. Porque los lugares que nos forman no desaparecen: se quedan, silenciosos y fieles, acompañándonos mientras avanzamos.

Fotografía: Patricio Castro

EL TELAR DEL MONTE

*Basado en los días en que Otavalo detuvo su ritmo
durante el paro de octubre de 2025, en Ecuador*



Mi ciudad

fue siempre un telar que respiraba.

No perfecto.

No ordenado del todo.

Pero vivo.

En sus hilos
se mezclaban
los sonidos de la mañana
y las voces de cada día:
el saludo rápido al pasar,
el paso compartido sin pensarlo,
la puerta que se abría
porque sí,
porque era normal.

Gestos pequeños.
Cosas simples.
De esas que no se nombran,
pero sostienen.

Decían, sin decirlo:
aquí estoy.

El aire pasaba
entre esas hebras
y uno sentía
—sin pensarlo mucho—
que la vida,
así como venía,
alcanzaba.

Era un tejido antiguo,
hecho de manos conocidas,
de caminos gastados,
de una memoria
que no necesitaba explicarse
para seguir ahí.

Arriba,
el Imbabura.

Siempre.

No como dios,
ni como juez.
Más bien
como alguien que mira
sin apurar,
sin meterse,
pero sin irse nunca.

Atento a ese pulso
que juntaba una vida con otra,
un color con el siguiente,
un día con el que venía después.

Y en su quietud,
tan simple,
tan constante,
la ciudad descansaba.

No porque lo supiera,
sino porque podía.

Sin imaginar
que alguna vez
esa calma
iba a doler.

LA CIUDAD DORMIDA

*Basado en los días en que Otavalo detuvo su ritmo
durante el paro de octubre de 2025, en Ecuador*



Mi ciudad

duerme
con los ojos abiertos.

No se sabe
si descansa por cansancio
o si la incertidumbre
le aprieta el pulso.

Un rumor
camina las calles.
No viene del mercado
ni de la gente.

Viene
del peso de los días.

Las campanas
de San Luis
callan,
como si dudaran
qué nombre decir.

Las puertas cerradas.
Los pasos,
recuerdo.

Hay un silencio
que no es de noche:
vive en el ánimo
de las cosas.

Algunas palabras
se deshacen.
Otras empujan,
buscan salir.

El parque Bolívar
ya no murmura.
Las hojas quietas
escuchan.

El aire trae
una vibración baja,
hecha de espera.

Las bancas guardan
calor ajeno.
La estatua calla.
Pero guarda.

La ciudad,
en esta vigilia cansada,
gira alrededor
de un pulso
que no descansa,
como si temiera
despertar del todo.

Fotografía: Marcelo Quinteros

EL HILO DEL AMANECER

*Basado en los días en que Otavalo detuvo su ritmo
durante el paro de octubre de 2025, en Ecuador*



Todavía
no amanece.

La ciudad

sigue aquí.

Quieta.

Envuelta

en una bruma

que no viene del cielo,

sino de adentro.

La miro

desde mi ventana,

respirando despacio.

Debajo de la niebla

hay voces que no se fueron.

No llaman.

Caminan.

Todo parece detenido.

Pero no está vacío.

Algo insiste

bajo esa calma:

una hebra tenue

que se niega

a romperse.

El silencio

se sienta a mi lado.

No dice nada.

Acompaña.

Duele
el lugar donde hubo voces.
Duele el eco
sin nombre.

Entre el monte
y la laguna
la ciudad duerme.

Su sueño duele.
Sí.
Pero no está sola.

NAVIDAD Y AÑO NUEVO



EL AMOR



Hay amores que regresan sin pedir permiso, porque no viven del calendario. Son las personas que ya no están con nosotros y que, aun así, dejaron algo marcado en nuestra manera de amar. En Navidad se acercan con más claridad: en una frase que repetimos sin darnos cuenta, en un gesto heredado, en un villancico que suena de pronto. No llegan como celebración, sino como memoria. Esa música antigua acomoda

algo por dentro y nos recuerda que el amor no termina cuando alguien falta; simplemente aprende otra manera de regresar.

Pero también hay un amor que no aparece solo en Navidad ni necesita anunciarse. Es el que está. El que sostiene y acompaña todos los días. Tiene una música baja, hecha de conversaciones sencillas, de silencios compartidos, de rutinas que se vuelven hogar. No necesita parecer extraordinario para ser verdadero. Se equivoca, falla y al día siguiente intenta rectificar. No se sostiene por la perfección, sino por la voluntad. Se ha ido construyendo con lo simple, con lo humano: la crianza de los hijos y los nietos, el pan compartido en familia, el caminar juntos, el comenzar de nuevo. No nació en un instante; se fue cultivando con el tiempo. Por eso es tan real: porque no vive del recuerdo ni de la expectativa, sino del ahora.

Y en ese mismo presente vive también el amor por el prójimo, por quienes más necesitan. No siempre lo reconocemos como amor. A veces es apenas detenerse un poco más, no pasar de largo, escuchar una historia que no es la nuestra. Compartir lo que hay, aunque sea poco. Ese amor tiene una raíz antigua: nace en un pesebre, en un niño acostado entre lo simple, recordándonos que Dios eligió la fragilidad para acercarse. Desde entonces, amar al otro es inclinarse, hacerse cercano, acompañar sin imponer. Tiene otra música: pasos lentos, voces cansadas, silencios que piden compañía. No se anuncia ni se explica. No busca aplauso ni agradecimiento. A veces ni siquiera recibe respuesta. Pero se queda. Y en ese quedarse, algo se sostiene.

Hay, además, un amor que no pertenece del todo al pasado, aunque venga de él. No mira al futuro como promesa, sino como posibilidad. No se concretó, no porque faltara amor, sino porque faltaron tiempo, lugar o coincidencia; a veces amar no basta para encontrarse y la vida no abre caminos claros. Es un amor que no reclama espacio ni hace ruido, no interrumpe ni exige explicaciones o finales. Permanece de otra

forma: su música es un silencio que acompaña, una nota sostenida que no se apaga. No se olvida, porque fue verdadero, y lo verdadero, aunque no se concrete, no desaparece.

Y está también el amor de la expectativa, de la ilusión, de la esperanza. Vive en los jóvenes que esperan con el corazón abierto, y en los adultos que, después de lo vivido, se permiten esperar un nuevo comienzo. No para repetir historias ni corregirlas, sino para empezar distinto. Su música aún no tiene forma, pero se intuye. Es nueva, frágil, posible. Con cuidado, tal vez. Con esperanza. Con ganas de creer, una vez más, que el amor también sabe llegar a tiempo.

El amor es, quizá, un cruce de músicas: el recuerdo que vuelve, el presente que acompaña, el silencio que permanece y la melodía que todavía está por nacer. En medio de ese cruce, un niño acostado en lo simple, sin ruido ni promesas grandilocuentes, nos devuelve a lo esencial: amar es acercarse, hacerse pequeño, quedarse. El amor está ahí. Nos habita. El amor es Navidad.

QUEDARSE CON LO ESENCIAL



En Año Viejo, además de despedir al calendario, también convendría despedir algunas costumbres digitales que ya cumplieron su ciclo. Como esa manía de revisar el celular cada cinco minutos, no porque haya pasado algo importante, sino por si acaso. Como si la pantalla fuera a confesarnos un secreto o como si el sentido de la vida estuviera a punto de aparecer entre notificaciones repetidas.

Tal vez por ahí también podríamos dejar las contraseñas que olvidamos apenas las creamos, pero que seguimos cambiando “por seguridad”, y esas aplicaciones que prometían ordenarnos la vida mientras duermen tranquilas en la pantalla. No las borramos, pero tampoco las usamos. Ahí están, como recordatorios de buenas intenciones que nunca se concretaron.

Y ya que estamos en eso, no estaría mal aprender a dejar el teléfono a un lado cuando alguien nos habla. No porque el mensaje no importe, sino porque la persona que está frente a nosotros también merece atención completa, aunque la notificación se sienta urgente y nos mire con insistencia desde la mesa.

Quizás el año nuevo nos invite a no responder mensajes solo por compromiso, sobre todo cuando no sabemos qué decir y el silencio sería más honesto. A escribir “ok” creyendo que tiene mil matices —ok amable, ok cansado, ok resignado, ok molesto— cuando del otro lado apenas se percibe uno solo.

Conviene también despedirse de los audios eternos, cuando la respuesta cabría perfectamente en una sola frase. De leer y no responder mientras ensayamos la respuesta durante horas, como si estuviéramos rindiendo un examen final, y de esa confusión tan moderna entre rapidez y cercanía, como si contestar al instante fuera prueba suficiente de estar presentes.

Sería un alivio, además, dejar de gritarle al autocorrector —que bastante hace con lo suyo— y abandonar el hábito de borrar y reescribir el mismo mensaje hasta que ya no dice nada. Tal vez incluso jubilar ese “luego hablamos” que escribimos sabiendo, en el fondo, que ese luego casi nunca llega.

Y, finalmente, podríamos soltar los mensajes masivos sin nombre ni contexto, enviados como si todos fuéramos exactamente iguales, y la

costumbre de tomar fotos de todo, olvidando que algunas cosas se guardan mejor mirándolas con los propios ojos.

Pero así como hay hábitos digitales que conviene dejar en el Año Viejo, también hay otros que vale la pena conservar. Porque el celular, usado con intención, no es el enemigo. A veces es puente. A veces refugio. A veces simple compañía en días largos.

Vale la pena conservar los mensajes enviados con cariño, esos que nacen del amor y no del compromiso. Los “llegué bien”, los “pensé en ti”, los “te extraño”, los “te quiero muchísimo”. Mensajes breves y honestos, que no necesitan adornos porque ya vienen llenos de sentido, como si el corazón hubiera aprendido a decir lo justo.

También merece quedarse la posibilidad de acortar distancias: las llamadas que abrazan cuando no se puede estar cerca, las videollamadas imperfectas donde se cruzan risas, silencios y fondos desordenados. No importa la calidad de la señal cuando la intención es clara.

Conviene conservar las fotos que sí cuentan algo. No todas. No por acumulación. Solo esas pocas que guardan un gesto, una mirada, un momento que, al volver a mirarlo, nos devuelve una emoción intacta.

Que se quede también el silencio elegido: ese momento en que guardamos el celular para estar presentes, pero sabiendo que volveremos a él sin culpa. Y la posibilidad de aprender, de leer, de escuchar música, de encontrar palabras que acompañan cuando las propias no alcanzan.

El año nuevo no nos pide apagar el celular ni huir de la tecnología. Nos propone algo más simple y más humano: usarla sin que nos use, estar un poco más atentos, un poco más disponibles, un poco más aquí. Porque cuando la tecnología suma, acompaña.

Y cuando acompaña, también puede sentirse como hogar.

ESCENAS COTIDIANAS



En Año Viejo, además de despedir el calendario, también podríamos despedir algunas cosas pequeñas, casi invisibles, que se nos quedaron pegadas a la rutina. No son grandes errores ni pecados domésticos; son gestos cotidianos, escenas mínimas que repetimos sin darnos cuenta, como si alguien más hubiera escrito el libreto de nuestros días y nosotros solo lo estuviéramos representando.

Porque, si uno mira con atención, la vida diaria tiene mucho de teatro.

Revisamos el gas dos veces. A veces tres. No por desconfianza, sino porque el cuerpo ya aprendió el movimiento. Cerramos el microondas y, después de un momento, volvemos a mirar para confirmar que sigue cerrado. Nada cambió, pero igual comprobamos. Es un pequeño rito, casi solemne, como en las tragedias antiguas, donde el coro regresa una y otra vez al mismo punto, sabiendo de antemano el desenlace. Sófocles habría entendido bien esa fidelidad al destino doméstico.

Luego caminamos por la casa revisando luces, puertas, rincones, más por costumbre que por necesidad. Revolvemos todo buscando el celular, mientras lo llevamos en la mano, lo sentimos vibrar en el bolsillo o en la cartera. Es una coreografía repetida, un acto silencioso donde el objeto perdido siempre reaparece, como si obedeciera a una marca escénica.

Entramos a una habitación convencidos de que vamos a hacer algo importante y, al llegar, nos quedamos quietos, tratando de recordar qué era. El cuerpo llegó; la idea se perdió por el camino. Decimos “ya voy” y no vamos a ningún lado durante varios minutos. Hay intención, hay pausa, hay silencio. Falta la acción. Shakespeare habría sonreído: demasiadas palabras por dentro y nadie que se mueva del sitio.

Para acompañar el silencio, ponemos música. No para escucharla de verdad, sino para que nos haga compañía, como una escenografía sonora. La música cumple su papel y se retira discretamente. Después, si alguien pregunta qué canción sonaba, no lo sabemos. Estuvo ahí, pero no salió a escena.

En la cocina, la obra cambia de tono. Abrimos el refrigerador para comer algo. Lo abrimos con hambre, pero también con culpa. Nos decimos que no deberíamos comer por la hora, por la dieta, por lo que prometimos

ayer. Cerramos la puerta. La volvemos a abrir. Y terminamos comiendo igual. Aquí la vida se vuelve comedia: promesas solemnes seguidas del gesto exactamente contrario. Molière habría aplaudido ese talento para decir una cosa y hacer otra con total convicción.

Incluso preguntamos “¿qué hay para comer?” sabiendo perfectamente la respuesta. No es hambre; es costumbre. Y guardamos la vajilla más cara “para después”, para cuando sea la ocasión, como si la vida avisara cuándo viene lo importante y no improvisara todo el tiempo.

El drama doméstico alcanza su punto alto cuando no aparece el control de la televisión. Lo buscamos como si se tratara de un objeto trágico, extraviado por obra del destino. Hay desesperación y silencios tensos. Una tragedia breve, en un solo acto, que casi siempre se resuelve con un final previsible.

En silencio, también ensayamos discusiones. Regañamos mentalmente a quien no está presente, con gestos incluidos, como si el reclamo mereciera una puesta en escena completa. Un monólogo intenso, sin público ni respuesta, pero cargado de verdad emocional. Aquí el teatro se vuelve interior, casi doméstico, como en las obras de Henrik Ibsen, donde los conflictos no necesitan grandes escenarios para existir.

Y, entre todas esas escenas, hay una especialmente delicada: la de prometerse que algún día le diremos a esa persona que la amamos. No hoy, no ahora. Cuando sea el momento. Mientras tanto, el amor espera en pausa, ensayado, contenido, como en las obras de Antón Chéjov, donde lo más importante casi nunca se dice en voz alta y el silencio sostiene toda la emoción.

Entonces llegan las promesas del último acto. Decimos que nunca más volveremos a discutir con la pareja, con los hijos, con los compañeros de trabajo o con los subalternos. Lo decimos convencidos. Y discutimos igual, solo que con mejores argumentos. Prometemos que desde el

lunes todo cambiará: la dieta, el gimnasio, la paciencia. Ese lunes que siempre parece esperar entre bastidores.

Juramos que no vamos a gastar más dinero en ropa, en el carro o en cosas suntuosas, justo antes de encontrar una oferta que, evidentemente, no se puede dejar pasar. Decimos que vamos a perdonar y, cada vez que recordamos la ofensa, la recordamos con más rabia, como si el recuerdo ensayara su papel con mayor intensidad. Y nos convencemos de que seremos menos autoritarios y más tolerantes, pero seguimos dando órdenes, solo que con voz suave y gesto comprensivo.

Tal vez en Año Viejo no se trate solo de despedir el año, sino de bajar el telón a estas pequeñas escenas automáticas. No para eliminarlas todas, sino para mirarlas con cariño. Porque, al final, la vida cotidiana también es teatro —a ratos tragedia, a ratos comedia— y reconocernos en escena puede ser una hermosa forma de volver a empezar.

TRILOGÍA DE FIN DE AÑO



En textos anteriores de este libro me detuve en los hábitos digitales que podríamos dejar atrás con el Año Nuevo y en esos gestos mecánicos de todos los días que repetimos casi sin darnos cuenta. Esta reflexión viene a cerrar ese recorrido. No para sumar propósitos, sino para mirar con calma tres cosas que suelen pasarnos de largo: el tiempo que se nos va sin notarlo, la atención que entregamos a medias y las conversaciones importantes que dejamos para después.

Durante el año decimos que no tenemos tiempo. Lo decimos con total convicción, como si el tiempo fuera un objeto extraviado y no algo que se nos escurre entre las manos. Hablamos de él como de una cosa ajena, cuando en realidad somos nosotros quienes lo dejamos pasar.

Nunca tenemos tiempo para visitar a ese familiar al que llevamos meses prometiéndole una visita. “Cuando esté más libre”, decimos. Y lo curioso es que esa libertad siempre queda un poco más adelante, como una estación a la que el tren nunca termina de llegar. El mensaje se repite, la promesa se renueva y el tiempo, discreto y puntual, sigue su camino sin esperar respuesta.

Decimos que no tenemos tiempo para sentarnos a conversar sin mirar el reloj, pero siempre encontramos unos minutos para revisar el celular varias veces seguidas, incluso cuando no esperamos nada. A veces ni siquiera nos damos tiempo para escuchar lo que llevamos dentro: si un pensamiento aparece de repente, lo hacemos a un lado y le prometemos atención más adelante, como si también pudiera esperar.

Pero el problema no es solo el tiempo, sino la forma en que prestamos atención. Muchas veces estamos presentes a medias. Escuchamos mientras la mente se va a otro lado, miramos sin terminar de ver, asentimos sin saber muy bien a qué estamos asintiendo. Estamos, sí, pero con una parte de nosotros ocupada en otra cosa.

Y cuando la atención se reparte así, suele ocurrir algo más: las palabras importantes empiezan a postergarse. No porque no sepamos cuáles son, sino porque siempre parecen poder esperar un poco más.

Dejamos para después decir “gracias”, “perdón”, “te extraño”, “me equivoqué”, “te amo”. Las guardamos para una conversación futura que damos por sentada, como si la vida nos hubiera prometido más oportunidades de las que realmente garantiza. Ensayamos esas palabras en silencio, las corregimos mentalmente, les buscamos el momento perfecto... y el momento pasa.

El problema es que las palabras que no se dicen a veces se convierten en silencio, otras en distancia, otras en pequeños malentendidos que nadie recuerda cuándo empezaron. No hacen ruido, pero pesan. Y cuando por fin queremos decirlas, ya no siempre encuentran el mismo lugar donde quedarse.

Tal vez cerrar el año no consista en sumar propósitos ni en prometer versiones nuevas de nosotros mismos. Quizá se trate de algo más sencillo y humano: habitar mejor el tiempo que tenemos, ofrecer atención completa cuando estamos presentes y decir a tiempo las palabras que importan. Porque el tiempo no se recupera, la atención no se divide sin perderse y las palabras, cuando se postergan demasiado, a veces llegan tarde.

RESEÑA DE LA AUTORA

Dorys Rueda

Otavalo, 1961



Es investigadora, docente y escritora ecuatoriana. Su formación en Letras y Castellano, sumada a sus maestrías en Literatura Ecuatoriana e Hispanoamericana y en Literatura Infantil y Juvenil, ha dado forma a una trayectoria donde la palabra es puente entre la pedagogía, la memoria cultural y la creación literaria. Posee además una especialidad en Currículum y Prácticas Escolares en Contexto y un diplomado en diseño curricular, lo que ha fortalecido su visión humanista del aprendizaje y su compromiso con la educación en el país.

En 2013 fundó El Mundo de la Reflexión, un sitio web dedicado a fomentar la lectura y la escritura, difundir la tradición oral del Ecuador y recoger reflexiones de estudiantes y docentes. Este espacio se ha convertido en una comunidad viva donde convergen la literatura, la educación y la memoria colectiva.

Ha publicado obras que recorren las leyendas, las historias locales, las voces femeninas y la sensibilidad cultural de su tierra. Entre sus libros dedicados a la tradición oral y la identidad ecuatoriana destacan: *Leyendas, historias y casos de mi tierra Otavalo* (2021), *Leyendas, anécdotas y reflexiones de mi tierra Otavalo* (2021), *11 leyendas de nuestra tierra Otavalo Español-Inglés* (2022), *Leyendas, historias y casos de mi tierra Ecuador* (2023) y *12 Voces Femeninas de Otavalo* (2024).

En el ámbito del comentario poético ha publicado *Entre Versos y Líneas* (2025), y en el de la reflexión literaria, *Reflexiones* (2025), un volumen de narrativa poética que recoge sensibilidades, silencios y meditaciones nacidas de la lectura y de la vida.

Es autora también de *Cuentos de sueños y sombra* (2025), obra que explora el vínculo entre imaginación, memoria y lenguaje, y ha incursionado en la literatura infantil con *Leyendas del Ecuador para niños* (2025). Asimismo, publicó *Entrevistas* (2025), un libro de perfiles construido desde el periodismo narrativo, donde una mirada humana y atenta revela la singularidad de quienes integran el mosaico cultural del país.

Desde 2020 ha reunido a escritores de distintas generaciones en proyectos colaborativos que celebran la identidad y la narración ecuatoriana, dando origen a obras como *Anécdotas, sobrenombres y biografías de nuestra tierra Otavalo* (tres tomos), *Leyendas y Versos de Otavalo* (2024), *Rincones de Otavalo, leyendas y poemas* (2024) e *Historias para recordar* (2025).

Su labor ha sido reconocida por diversas instituciones. En 2021, el Municipio de Otavalo le rindió un homenaje por su aporte al desarrollo cultural de la ciudad; en 2024 fue nombrada una de las veinticinco mujeres otavaleñas más destacadas por su trayectoria y recibió una placa conmemorativa de la Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”. Asimismo, ha sido merecedora de

dos medallas al Mérito Cultural otorgadas por la Cámara de Comercio de Otavalo en 2024 y 2025. En reconocimiento a su incansable dedicación a la difusión de la cultura ecuatoriana y a la preservación de las leyendas que conforman el patrimonio ancestral del país, el Comité Internacional de Fashion Art & People le otorgó el Starlight Award 2025 – Premio Especial, distinción que destaca su compromiso sostenido con la memoria cultural y la transmisión de saberes.

Para Dorys, la escritura es una forma de comunidad y de memoria; un modo de preservar lo que se cuenta al calor de la voz y de iluminar aquello que los días no alcanzan a explicar. Su obra busca que lectores —jóvenes, maestros o curiosos— encuentren en las palabras un territorio donde habitan la verdad, la imaginación y la belleza.